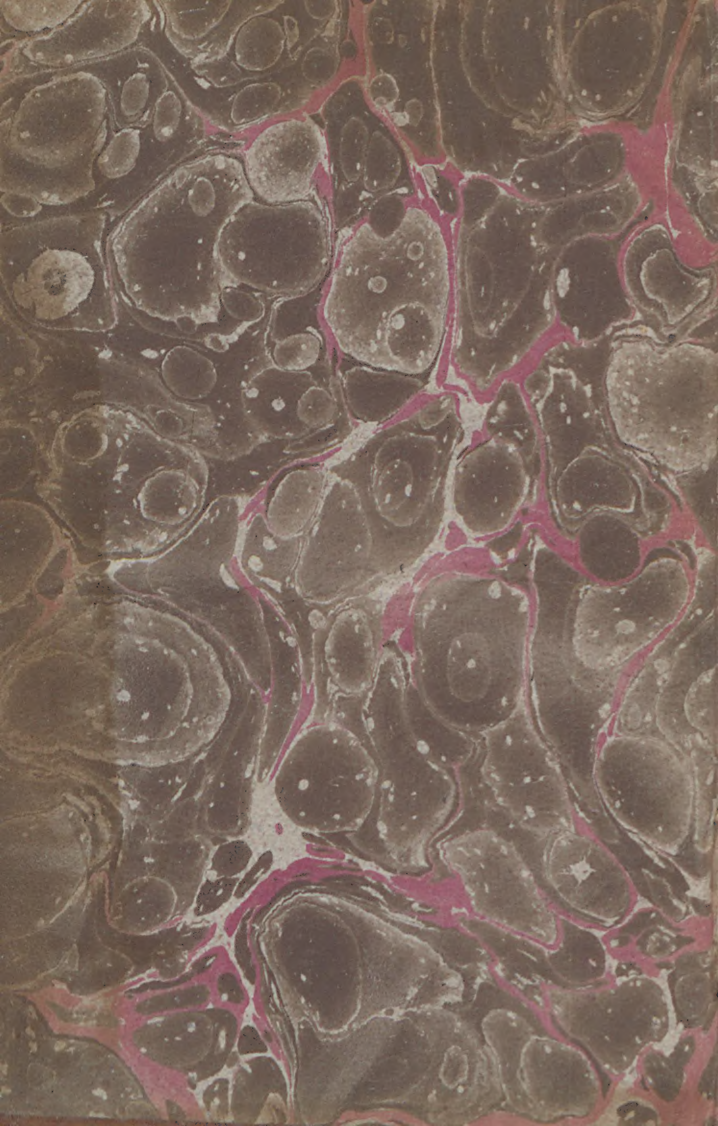
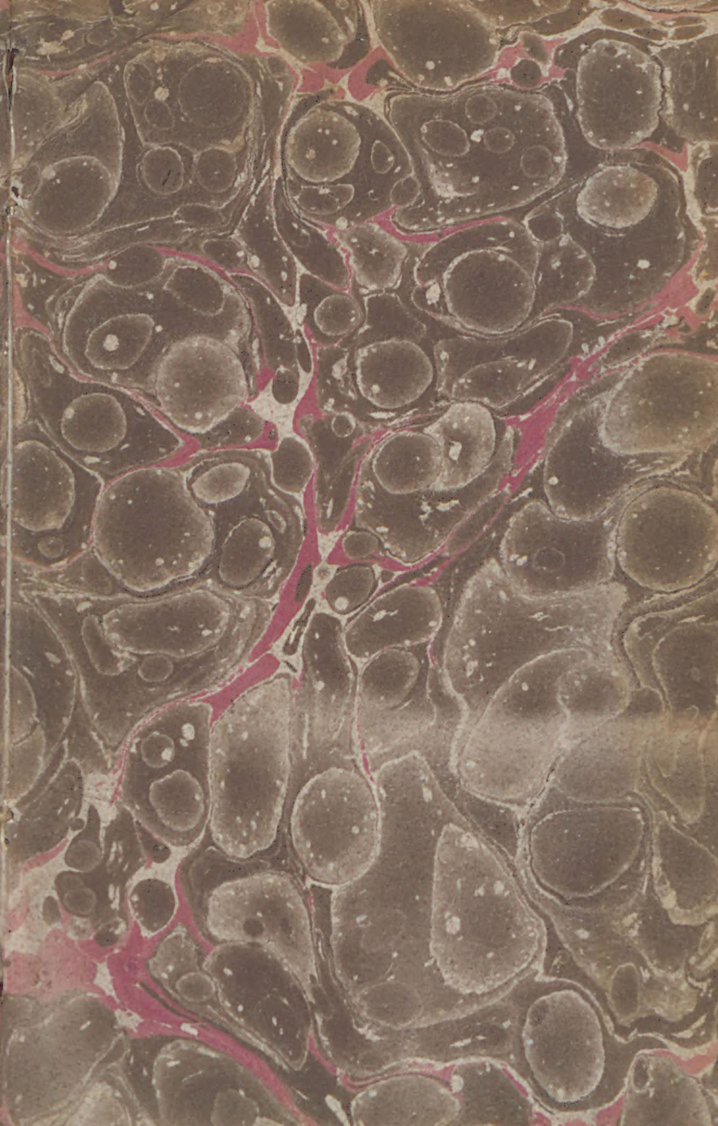




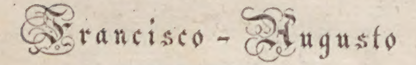


# ATALA

ó

## LOS AMORES DE DOS SALVAGES
EN EL DESIERTO.

POR




*Chateaubriand.*

Traduccion hecha libremente del frances al español,

POR

D. T. T. d. l. R.

TERCERA EDICION.


BARCELONA:
EN LA IMPRENTA DE SIERRA Y MARTÍ,
PLAZA DE SAN JAIME.
1823.

# ATALA

ó

## LOS AMORES DE DOS SALVAGES

en el desierto.

## PRÓLOGO.

Poseía antiguamente la Francia en la América septentrional un vasto imperio, que se estendia desde el Labrador hasta las Floridas, y desde las orillas del Atlántico hasta los mas distantes lagos del alto Canadá.

Dividen estas inmensas regiones cuatro caudalosos rios que tenian su orígen en las mismas montañas, y son el de S. Lorenzo, que se pierde al Este

en el golfo de su nombre; el Oueste, que lleva sus aguas á mares desconocidos; el Borbon que se precipita de mediodia á norte en la bahía de Hudson; y el Meschacebe (1), que desagua de norte á mediodia en el golfo de Méjico.

Este último rio en un espacio de mas de mil leguas riega el delicioso pais llamado el nuevo Eden por los habitantes de los Estados unidos, y á quien los franceses diéron el dulce nombre de Luisiana. El Missouri, el Illinés, el Akanza, el Ochío, el Wbache y el Tenaso, tributarios del Meschacebe, lo engruesan con su cieno, y lo fertilizan con sus aguas. Cuando llegan á hincharse estos rios con las lluvias del invierno, y arrastran las tempestades pedazos enteros de bos-

(1) Verdadero nombre del Missisipi ó Meschassipi.

ques, junta el tiempo en todos los manantiales los árboles arrancados; los enlaza, los cimenta con lodo, planta allí arbolitos, y echa los fundamentos de su obra sobre las aguas. Arrastradas de la espumosas ondas estas balsas, bajan por todas partes al Meschacebe. Se apodera de ellas el antiguo rio, y las arroja á su embocadura para formar un nuevo brazo. A intervalos levanta su grande voz cuando baña las faldas de los montes, y esparce sus aguas por las columnatas de los bosques, y por las sepulcrales pirámides de los indios: este es el Nilo de los desiertos. Pero la gracia anda siempre unida á la magnificencia en las escenas de la naturaleza; y miéntras que la corriente del medio conduce al mar los cadáveres de los pinos y encinas, se vén á lo largo de las orillas de las dos corrientes laterales unas islas flo-

tantes de alfónsigos y de neufares, cuyas amarillas flores se levantan como unos pequeños pavellones. Serpientes verdes, garzas reales azules, rosas flamencas y cocodrillos pequeños se embarcan en estos navíos de flores, y desplegando al viento esta colonia sus doradas velas, llega durmiendo á un brazo de mar retirado del rio.

Las dos orillas del Meschacebe presentan el cuadro mas estraordinario. Sobre el borde occidental se pierden de vista las llanuras; y cuando se alejan sus verdes ondas, parece suben al azulado cielo donde desaparecen. Por estas inmensas praderías se vén pasar rebaños de tres ó cuatro mil búfalos salvages. Algunas veces un bisonte cargado de años, atravesando á nado las ondas, se viene á echar en medio de las altas yerbas en una isla del Meschacebe. Al vér su frente adornada de

dos puntas, y su larga barba llena de cieno, lo tendríais por el dios bramador del rio, que echa con satisfaccion una ojeada sobre la grandeza de sus ondas y la salvage abundancia de sus orillas.

Tal es la escena que presenta el reborde occidental; pero se muda de repente en la orilla opuesta, que forma con la primera un admirable contraste. Detenidos sobre la corriente de las ondas, amontonados sobre las peñas y montañas, y esparcidos por los valles varios árboles de todas figuras, colores y perfumes, se mezclan, crecen juntos, y suben por los aires hasta perderse de vista. Las cepas silvestres, las bignonias, y los colochìntidas se enlazan al pie de estos árboles; escalan sus ramas; trepan hasta la estremidad de ellas; se enlazan desde el acebuche al tulipan, y desde el tulipan á la mal-

va, formando mil grutas, mil bóvedas y mil pórticos. Sucede con frecuencia que pasando de un árbol á otro estas enredaderas, atraviesan brazos de rios sobre los cuales forman puentes y arcos de flores. Desde el seno de estos macizos bálsamos levanta su cono inmóvil la soberbia magnolia, que sobrepujando con sus anchas rosas blancas, domina todo el bosque sin tener mas rival que la palma, que mueve ligeramente junto á ella sus verdes abanicos.

Una multitud de animales colocados por la mano del Criador en estos hermosos retiros, distribuyen en ellos el encanto y la vida. Al último de la arboleda se perciben osos embriagados con racimos que se bambolean en las ramas de los olmos; una multitud de castores bañándose en un lago; ardillas negras jugueteando en la espesura de las hojas; pájaros burlo-

nes; palomas virginianas, del tamaño de un gorrion, bajando sobre las yerbas sembradas de fresas; papagayos verdes con la cabeza amarilla; cotorras purpúreas, y cardenales de fuego encaramándose y circulando por lo alto de los cipreses; resplandecientes colibris sobre el jazmin de las floridas, y culebras pajareras silbando, colgadas de las cimas de los árboles y meciéndose en ellas como lianas (1).

Si de la otra parte del rio se nota un gran silencio y reposo, aquí por el contrario, todo es movimiento y murmullo; ya se oyen picotazos de aves en los troncos de las encinas; ya el ruido de los animales que van paciendo y rompiendo entre sus dientes los huesos de las frutas; y ya el zumbido de las ondas, sus débiles gemidos, bra-

(1) Enredaderas de América.

midos sordos, y unos dulces arrullos que llenan los desiertos de una tierna y suave armonía. Pero cuando una brisa aníma todas estas soledades, pone en movimiento todos estos cuerpos flotantes; mezcla en todas estas masas los colores blancos, azules, verdes y rosados, y reune todos los murmullos: entónces salen tales ruidos del fondo de los bosques, y se presentan á la vista tales objetos, que en vano intentaríamos esplicarlos á los que no han pisado aquellos primitivos campos de la naturaleza.

Despues del descubrimiento del Meschacebe por el Padre Hennepin, y por el desgraciado La Salle, los primeros franceses que se estableciéron en Biloxî y en la Nueva-Orleans, hicieron alianza con los Natches, nacion india, cuyo poder era formidable en aquellos paises. Las injusticias particulares, la

venganza, el amor y todas las pasiones ensangrentáron en lo sucesivo la tierra de la hospitalidad. Habia entre aquellos salvages un viejo llamado Chactas (1), que por su edad, sabiduría y prudencia en las cosas de la vida, era el amor y el patriarca de los desiertos. Habia adquirido la virtud á costa de desgracias como algunos otros hombres. No solo llenó los bosques de sus infortunios, sino que le siguiéron hasta las costas de Francia. Detenido en las galeras de Marsella por una cruel injusticia, restituido á su libertad, y presentado á la córte de Luis XIV, habia tratado á todos los hombres grandes de aquel siglo; asistido á las fiestas de Versalles, á las tragedias de Racine, á las oraciones fúnebres de Bossuet: en una palabra, este salvage ha-

(1) *Voz armoniosa.*

bia contemplado allí la sociedad en su mas alto grado de esplendor.

Despues de muchos años, restituido Chactas al seno de su patria, disfrutaba en ella una completa tranquilidad. Sin embargo el cielo le vendió caro este favor, porque el pobre viejo perdió la vista. Una muchacha era la que le acompañaba en la soledad, al modo que Antígono guiaba los pasos de Edipo sobre el Citeron, ó como Malvina conducia á Ossian al sepulcro de sus padres.

No obstante las muchas injusticias que Chactas habia esperimentado de los franceses, los amaba. Se acordaba siempre de Fenelon, en cuya casa habia estado hospedado; deseaba servir en algo á los compatriotas de este hombre virtuoso, y se le presentó para ello una ocasion favorable. En el año de 1725 un frances llamado René

combatido de pasiones y desgracias, llegó á la Luisiana; subió el Mechacebe hasta el Natchéz, donde solicitó plaza de soldado de esta nacion. Despues de haberle examinado Chactas, y visto su firme resolucion, le adoptó por hijo y le casó con una india llamada Celuta. A poco tiempo de este matrimonio se dispusiéron los salvages para la grande caza del Castor.

Chactas, aunque ciego, estaba nombrado por el consejo de los *Sachems* (1) para mandar esta partida, á causa del respeto que profesaban á su nombre los pueblos del desierto. Comienzan las oraciones y ayunos: los truanes interpretan los sueños: se consultan los manitus: se hacen sacrificios de tabaco: se queman tiras de lengua de danta: se examina si salta la llama para descubrir la voluntad de los genios; y

(1) Ancianos ó consejeros.

salen finalmente despues de haber comido el perro sagrado. René es uno de la comitiva: con el ausilio de las contramareas suben las piraguas el Meschacebe, y entran en la madre del Ochìo. Era el tiempo de otoño. Se descubren á los asombrados ojos del jóven frances los magníficos desiertos del Kentuki. Una noche á la claridad de la luna, miéntras que todos los salvages estaban dormidos en el fondo de sus piraguas, y bogaba su flota á impulsos de una ligera brisa, estando René solo con Chactas, le suplicó que le contase sus aventuras. Consiente en ello el viejo, y sentándose sobre la popa de la piragua, le habla de este modo en medio de las ondas y de toda la soledad.

# RELACION.

## *Los cazadores.*

«Por un destino particular, mi querido hijo, nos vemos reunidos en el desierto. Yo veo en tí un hombre civilizado que se hizo salvage; y tú vés en mí un hombre salvage, á quien el grande espíritu, sin duda por sus designios, ha querido civilizar. Puestos ámbos en la carrera de la vída por dos estremos opuestos, has venido tú á ocupar mi lugar, y yo á sentarme en el tuyo. Por lo mismo parece que tuvimos objetos y miras totalmente diferentes. ¿Quién de los dos ha ganado ó perdido mas en esta mudanza de posicion? Esto está solamente reservado á los espíritus, de los cuales el mé-

nos sabio escede á todos los hombres juntos.

«Para la inmediata luna de las flores (1) se cumplirán siete veces diez nieves y tres nieves mas (2) que me echó al mundo mi madre á las orillas del Meschacebe. Poco tiempo hacia que los españoles se habian establecido en la bahía de Panzacola; pero aun no habia blanco alguno en la Luisiana. Apénas contaba yo diez y siete caidas de hojas, cuando con mi padre el guerrero Outalissi marché contra los muscogulgos, nacion poderosa de las Floridas. Nos juntamos con los españoles, nuestros aliados, y se dió el combate en una de las puntas de la Mobila. Areskoui (3) y los manitus no nos fueron favorables. Triunfáron los

(1) El mes de mayo.

(2) Una nieve por año, ó 73 años.

(3) Dios de la guerra.

enemigos, y perdió mi padre la vida en la batalla, quedando yo con dos heridas. Ah! ¡Que no hubiera yo bajado entónces al pais de las almas (1)! ¡A lo ménos hubiera evitado las desgracias que me aguardaban sobre la tierra! Pero los espíritus lo dispusieron de otro modo, y los fugitivos me llevaron á S. Agustin.

En esta ciudad edificada nuevamente por los españoles, estuve á punto de ser llevado á las minas de Méjico, á no ser por un castellano viejo llamado Lopez, que prendado de mi juventud y sencillez, me ofreció un asilo presentándome á una hermana suya, con la que vivia sin esposa.

Esta digna hermandad practicó conmigo los mas tiernos sentimientos: me educaron con todo cuidado, y me pusieron toda clase de maestros. Pero

(1) Los infiernos.

despues de haber pasado treinta lunas en S. Agustin, empecé á disgustarme de la vida social: me iba estenuando visiblemente: horas enteras me quedaba á veces inmóvil, contemplando la cima de los lejanos bosques: en otras ocasiones me hallaban sentado á la orilla de un rio, que con tristeza veía correr, figurándome los bosques que habrian bañado; y mi alma se hallaba enteramente en la soledad.

No pudiendo ya resistir mas al vehemente deseo que tenia de volver al desierto, me presenté una mañana á Lopez con mi vestido de salvage, teniendo en una mano el arco con mis flechas, y en la otra mi vestido europeo: ámbos los presenté á mi generoso protector, á cuyos pies me postré llorando. Pronunciaba contra mí mismo nombres odiosos, y le confesé mi ingratitud: por fin le dige: ¡O padre

mio! bien conoces que me muero si no vuelvo á la vida errante del indio.

Admirado Lopez de la determinacion, quiso apartarme de ella, representándome los peligros á que me esponia cayendo en manos de los muscogulgos. Pero viéndome resuelto á pasar por todo, deshaciéndose en lágrimas, y estrechándome entre sus brazos, me dijo: «Vete en horabuena, »magnánimo hijo de la naturaleza! »Toma de nuevo esa preciosa inde»pendencia del hombre, que no te ha »quitado Lopez: yo mismo, si fuese »mas jóven, te acompañaria al desier»to, á que tengo tambien mucha in»clinacion, y te restituiría á los bra»zos de tu madre. Cuando te halles »en tus bosques, acuérdate alguna »vez de este viejo español que te fran»queó la hospitalidad, y tén presente »para encaminarte al amor de tus se-

„mejantes, que la primera esperiencia „que hiciste del corazon humano, ha „sido toda en su favor." Dió Lopez fin á sus consejos con una oracion al Dios de los cristianos, cuyo culto no quise abrazar, y nos despedimos con sollozos.

No tardé en esperimentar el castigo de mi ingratitud. Mi poca esperiencia me estravió en los bosques, donde me sorprendió una partida de muscogulgos y siminolos, como Lopez me lo habia pronosticado. Por el vestido y plumas de mi cabeza conociéron que era natche. Me echaron una cadena, aunque ligera, á causa de mi juventud. Simaghan, gefe de la partida, quiso saber mi nombre, y le respondí: *yo me llamo Chactas hijo de Outalissi hijo de Miscou, que han quitado mas de cien cabelleras á los héroes muscogulgos*. A lo cual me contestó Simaghan:

*Chactas, hijo de Outalissi, hijo de Miscou, alégrate, pues serás quemado en una grande poblacion. Está muy bien,* le dige, *y entoné mi cancion de difunto.*"

«Sin embargo de hallarme prisionero, no dejaba de admirar á mis enemigos en los primeros dias. El muscogulgo, ó mas bien el siminolo su aliado, respira alegría, amor y contento. Su paso es ligero, su trato franco y sereno: habla mucho y con velocidad, y su lenguage es armonioso y fácil: ni aun la edad puede quitar á los antiguos esta placentera sencillez, y á imitacion de las aves viejas del desierto, mezclan sus canciones antiguas con la nuevas gracias de su jóven posteridad.

«Las mugeres que acompañaban á la tropa manifestaban una amable curiosidad, y una tierna compasion de

mi juventud: me hacian varias preguntas acerca de mi madre y de los primeros dias de mi vida: querian saber si colgaba mi cuna de musgo en las floridas ramas de los acebuches, y si me mecian en ella las brisas junto á los nidos de los pajaritos. En seguida me hacian otras varias preguntas sobre el estado de mi corazon, y me decian si habia visto en mis sueños alguna cierva blanca, si los árboles del valle secreto me habian aconsejado amar. Respondia yo con sinceridad á las madres, á las jóvenes y á las casadas, diciéndolas: *Vosotras sois las gracias del dia, y os estima la noche como el rocío: sale el hombre de vuestro seno para colgarse de vuestro pecho y de vuestra boca, y teneis palabras mágicas que adormecen todos los dolores. ¡Esto es lo que me dijo la que me parió, y no me volverá á ver jamas!* *Tambien me*

*dijo que las vírgenes eran unas flores misteriosas que se hallan en los parages solitarios."*

« Estas alabanzas daban mucho gusto á las mugeres que me colmaban de toda especie de regalos, me traían cresma de nuez, azúcar de acebuche, sagamita (1), perniles de oso, pieles de castor, conchas para adornarme, y musgo para la cama. Cantaban y reían conmigo, y en seguida se echaban á llorar al acordarse que habia de ser quemado.

« Estaba sentado una noche junto á la hoguera del bosque con el guerrero encargado de mi custodia, cuando oigo de repente sobre la yerba el ruido del vestido de una muger medio tapada que vino á sentarse á mi lado: lloraba ésta, y se le veía en su pecho un pequeño crucifijo de oro, que brillaba á

(1) Una especie de pasta.

la luz del fuego: era bastantemente hermosa, y se notaba en su cara un no se qué virtuoso y apasionado, á cuyo atractivo no se podia resistir. Añadia á esto las mas tiernas gracias: manifestaba en sus miradas una estrema sensibilidad unida á una profunda melancolía, y su sonrisa era celestial.

«Creí era *la vírgen de los últimos amores*; esto es, aquella vírgen que se envia á los prisioneros de guerra para encantar su tumba. En esta inteligencia la dige tartamudeando, y con una turbacion que sin embargo no provenia del miedo de la hoguera: *Vírgen! vos sois digna de los primeros amores, y no sois hecha para los últimos. Las palpitaciones de un corazon que vá á morir pronto, corresponderán mal á las agitaciones del vuestro. ¿Como es posible mezclar la muerte con la vida? ¡En verdad que me la haríais demasia-*

*damente sensible! ¡Sea otro el que disfrute esta dicha, y el que con dilatados abrazos úna á la encina macho con la enredadera!"*

"A esto me contestó la jóven, diciendo: *No soy la vírgen de los últimos amores. ¿Eres tu cristiano?* Respondíla que jamas habia dejado los espíritus de mi cabaña. A estas palabras hizo la vírgen un movimiento involuntario, y me dijo: *¡Te tengo lástima porque no eres sino un mal idólatra! Mi madre me hizo cristiana: me llamo Atala, hija de Simaghan, el de los braceletes de oro, y gefe de los guerreros de esta tropa. Nos vamos á Apalachucla donde serás quemado*; y al decir esto se levantó y marchó.

"Aquí se vió precisado Chactas á interrumpir su relacion: se presentaron á su alma una multitud de ideas: salian de sus cerrados ojos dos manan-

tiales de lágrimas, que regaban sus ajadas megillas, al modo de dos fuentes sepultadas en la profunda noche de la tierra, que se descubren por las aguas que dejan filtrar entre las peñas. ¡*Oh hijo mio*, prosiguió diciendo, *bien vés la poca sabiduría que acompaña á Chactas, sin embargo de la fama que tiene de sabio. Ah! hijo mio querido, los hombres saben mejor llorar que ver! Por espacio de muchas noches no dejó de venir á hablarme la hija de Sachem junto á la hoguera. Habia huido el sueño de mis ojos, y Atala estaba en mi corazon lo mismo que la memoria de la casa de mis padres.*

«El dia diez y siete de la jornada, ácia el tiempo en que sale de las aguas la mosca pasagera, entramos en la grande sábana ó llanura Alachua, cercada de cotarros, que huyendo los unos tras los otros, presentan levan-

tándose hasta las nubes, unos bosques llenos de copaybas, limones, magnolias, y encinas verdes. Dió el gefe la señal del arrivo, y se acampó la tropa á la falda de las colinas. Me separaron á cierta distancia al borde de uno de aquellos *pozos naturales* tan famosos en las Floridas. Me tenian atado al pie de un árbol, y me hacia la guardia con disgusto un guerrero. A poco rato de hallarme allí se presentó Atala bajo el ámbar líquido de la fuente: *Cazador*, dijo ella al héroe muscogulgo, *si quieres perseguir los corzos, yo guardaré el prisionero*. Saltó de alegría el guerrero al oir estas palabras de la hija del gefe, y saliendo de la cumbre de la colina alargó sus pasos por la llanura. ¡Estraña condicion del corazon del hombre! Yo mismo que tanto habia deseado decir cosas misteriosas á la que ya amaba como al sol, sorpren-

dido entónces y confuso, creo hubiera preferido me arrojasen á los cocodrillos de la fuente, mejor que verme solo con Atala. Esta hija del desierto estaba tan turbada como su prisionero: guardábamos ámbos un profundo silencio: los espíritus del amor habian robado nuestras palabras. Por fin, esforzándose Atala me habló así: *Estais débilmente guardado, podeis escapar con facilidad.* A estas palabras, cobrando fuerza mi lengua, la respondí: *Oh muger! Estoy débilmente guardado?.....* Yo nó sabia cómo acabar. Quedó Atala suspensa por algunos momentos, y dijo despues: *Poneos en salvo*, y me desató del tronco del árbol. Cogí el cordel, lo puse en las manos de la jóven estrangera, y obligando á sus hermosos dedos á que apretasen mi cadena, la dige: *Tomadla, tomadla de nuevo.* = *Sois un insensato*, me repli-

có ella con una voz lánguida: *Infeliz! ¿No sabes que te quieren quemar? ¿Qué intentas hacer? ¿Ignoras que soy la hija de un formidable Sachem? Algun dia*, la respondí llorando, *me llevaba mi madre á sus espaldas envuelto en una piel de castor: mi padre tenia tambien una hermosa choza, y sus cabras bebian las aguas de muchos arroyos; pero al presente ando errante y sin patria. Cuando deje de existir, no habrá quien eche sobre mi cuerpo un puñado de yerba para libertarlo de las moscas: á nadie interesa el cuerpo de un desgraciado estrangero*."....

Al oir estas palabras se enterneció Atala, y caían sus lágrimas en la fuente.=*Ah*! la dige con viveza, *si vuestro corazon hablara como el mio! ¿No es acaso libre el desierto? ¿No tienen por ventura los bosques en su verde ro-*

*pa rincones donde ocultarnos? ¿Necesitan tantas cosas los hijos de las cabañas para ser felices? ¡Ah, jóven mas hermosa que el primer sueño del esposo! ¡Oh, querida mia! Resuélvete á seguir mis pasos á la soledad.* Hablando á Atala en semejantes términos, me respondió ella con una voz tierna: *Amigo jóven, bien se conoce habeis aprendido el lenguage de los blancos: es muy fácil engañar á una India.*= *¿Pues qué,* la dige, *me llamais vuestro jóven amigo? Ah! Si un pobre esclavo*....... *¡Y bien*, me replicó ella inclinándose sobre mí, *un pobre esclavo*!...... Yo la interrumpí con ardor: *Asegúrele de tu fe un solo ósculo.* Oyó Atala mi súplica, y á la manera que un cervatillo parece que cuelga en las flores de las enredaderas las rosas que coge con su delicada lengua en el declive de la montaña, así que-

dé yo pendiente de los labios de mi querida.

«Ay hijo, la felicidad está muy cerca de la desgracia! ¿Quién hubiera creido que el momento en que Atala me daba la primera prenda de su amor, habia de ser el mismo que ella escogia para meterme el puñal en el pecho? ¡Venerables canas del viejo Chactas! ¡Cuál fue vuestro espanto al oir pronunciar estas palabras á la hija del desierto! Hermoso prisionero ya condescendí locamente á tus deseos; pero ¿adónde nos arrastrará esta pasion naciente? Mi religion me separa de tí para siempre..... ¡Oh madre mia! ¿Qué has hecho?...... Calló de repente Atala, deteniendo un no sé qué fatal secreto que iba á escapársela de sus lábios. Sus palabras me escitáron una desesperacion tanto mas profunda cuanto mas viva habia sido mi esperanza.

*Ah*! la dige: *Seré tan cruel como tú: no huiré: me verás en medio de la hoguera: oirás los gemidos de mi carne, y quedarás llena de alegría*!=Entónces cogió Atala mi mano entre las suyas, y dijo: *¡O pobre jóven idólatra*! *¡Mucha lástima me dás*! *¿Quieres pues que llore todo mi corazon*? *¡Que lástima que no pueda huir contigo*! *¡Desgraciado ha sido el vientre de tu madre*! *¡Oh Atala*! *¿Por qué no te arrojas al cocodrillo de la fuente?*"

"En este momento, que era el de ponerse el sol, comenzaban á dar sus rugidos los cocodrillos, y me dijo Atala: *Dejemos esta triste cueva*. Llevé á esta hija de Simaghan á las faldas de los cerrillos que formaban unos golfos verdes, y avanzaban sus promontorios á la llanura. El desierto respiraba solo tranquilidad, magnificencia, soledad y melancolía. Cantaba la cigüeña

sobre su nido, resonaban los bosques con el canto monótono de las codornices, el silvido de los papagayos, el bramido de los bisontes, y el relincho de las yeguas siminolas."

Nuestro paseo fué casi mudo: yo iba al lado de Atala, que llevaba la punta del cordel que la habia precisado á tomar. Llorábamos algunas veces, y otras buscábamos alguna sonrisa: ya mirábamos al cielo, ya á la tierra: nuestro oïdo iba atento al canto de las aves; una señal ácia el sol que se ponia; una delicada mano apretada; un seno ya palpitante, ya tranquilo; los nombres de Chactas y Atala dulcemente repetidos á intervalos...... ¡Oh! primer paseo del amor dado con Atala en el desierto! ¡Preciso es que sea muy poderoso vuestro recuerdo, cuando despues de tantos años de desdicha enterneces todavía el corazon del viejo Chactas!

«¡Qué incomprehensibles son los mortales cuando se hallan agitados de las pasiones! Acababa de abandonar al generoso Lopez, y esponerme á todos los peligros por ser libre: la vista de una muger habia mudado en un instante mis gustos, mis resoluciones y mis pensamientos. Olvidado de mi pais, de mi madre, de mi cabaña y de la espantosa muerte que me aguardaba, habia quedado indiferente á todo lo que no era Atala. Sin fuerzas para elevarme á la razon del hombre, habia caido de repente en una especie de infancia, y léjos de poder hacer nada por mí mismo, me hallaba casi en la necesidad de que otro cuidase de mi sueño y alimento.

«En vano intentó Atala, despues de haber paseado la llanura y echádose á mis pies, persuadirme de nuevo que la dejase. La aseguré que en este

caso me volveria solo al campo si reusaba volver á atarme al pie de mi árbol, y así se vió precisada á satisfacerme esperando convencerme en otra ocasion.

«Al dia siguiente que decidió el destino de mi vida, hizo alto nuestra tropa en un valle cerca de Cuscowila, capital de los siminolos. Estos indios unidos con los muscogulgos forman la confederacion de los Creeks. La hija del pais de las palmas volvió á media noche: me llevó á un grande bosque de pinos, donde renovó sus instancias para reducirme á dejarla; pero sin responderla una palabra, cogí su mano con la mia y obligué á aquella tímida cierva á que vaguease conmigo por todo el bosque. La noche estaba muy deliciosa. El genio de los aires sacudia su azul cabellera, perfumada con la fragancia de los pinos, y se respiraba

el suave olor del ámbar que exalaban los cocodrillos echados bajo los tamarindos de los rios. Brillaba la luna en medio de un azul claro, y flotaba sobre las cimas de los bosques su luz de perla. No se percibia mas ruido que una especie de armonía á lo léjos, que reinaba en la profundidad de la selva; de modo que se podia decir que suspiraba el alma de la soledad en toda la estension del desierto.

«Percibimos por medio de los árboles un hombre jóven, que llevando en la mano un farol, se parecia al genio de la primavera cuando corre los bosques para reanimar la naturaleza. Era éste un amante que iba á la cabaña de su querida para instruirse de su destino. Si la vírgen apagaba el farol, era señal de que aceptaba un esposo; pero si se cubria sin apagarlo, lo era de que desechaba las ofertas. El guerre-

ro, metiéndose entre las sombras, iba cantando en voz baja estas palabras: *Adelantaré los pasos del dia sobre la cumbre de las montañas para sorprender á mi paloma solitaria sobre la rama del bosque.*"

«Puse en su garganta un collar de porcelana (1), en el cual habia tres granos colorados en señal de mi amor; tres morados en señal de mis temores, y tres azules en señal de mis esperanzas. Mila tiene los ojos de armiño, su cabellera suave como un campo de arroz: es su boca una concha rosada guarnecida de perlas: sus dos pechos se parecen á dos cabritillos blancos que parió á un tiempo su madre.

«Ojalá apague Mila este farol! ¡Quieran los dioses que su boca derrame sobre él una sombra gustosa!

(1) Especie de conchitas.

Fertilizaré yo su seno, estará pendiente de su fecundo pecho la esperanza de la patria, y fumaré mi pipa de paz sobre la cuna de mi hijo.

«¡Ah! Dejadme adelantar los pasos del dia sobre la cumbre de las montañas para sorprender á mi paloma solitaria sobre la rama del bosque.

«Así iba cantando este jóven, cuyos acentos introdugeron la turbacion hasta el fondo de mi alma, é hicieron mudar de color á Atala: se estremeciéron nuestras unidas manos; pero nos distrajo de esta escena otra que no nos era menos peligrosa. Pasamos junto al sepulcro de un niño que servia de límite á dos naciones en la soledad. Estaba puesto á la orilla del camino público, segun su costumbre, con el fin de que las jóvenes cuando iban por agua á la fuente, pudiesen atraer á su seno el alma de la inocente criatura,

y volverla á la patria. Se veían allí á la sazon unas recien casadas que deseando las dulzuras de la maternidad, intentaban, entreabiendo sus labios, recoger el alma del pequeño niño que creían ver errante sobre las flores. Dejaron sitio á la verdadera madre, que puso sobre la tumba un manojo de maiz y de flores blancas de lis: regó la tierra con su leche, y sentándose despues sobre la húmeda yerba, empezó á hablar á su hijo con una voz tierna en estos términos.

«¿Por qué te he de llorar yo en tu »cuna de tierra, ó mi recien nacido? »Cuando el pajarito llega á ser gran»de, se ve en la precision de buscar »su alimento, y halla en el desierto »muchos granos amargos. A lo ménos »no supiste lo que son lagrimas, ni »estuvo espuesto tu corazon al soplo »devorador de los hombres. El boton

»que se seca en su capullo, pasa con »todas sus aromas como pasaste tú, »hijo mio, con toda tu inocencia. ¡Di»chosos los que mueren en la cuna, »pues no han conocido sino los besos »y sonrisas de su madre!"

«Subyugados ya de nuestro propio corazon quedamos consternados con estas imágenes de amor y maternidad, que acompañadas de la noche en estas soledades encantadoras, parecia que nos perseguian para confundirnos. Llevé en mis brazos á Atala hasta lo profundo de los bosques diciéndola cosas que en vano intentarian espresar mis labios. El viento de medio dia, mi querido hijo, adquiere su calor cuando pasa sobre lagos helados, y los recuerdos del amor en el corazon de un viejo son como dos fuegos del astro del dia, reflejados por el globo apacible de la luna cuando está acostado el sol, y el

silencio y melancolía descansan sobre las chozas de los salvages.

«¿Quién podia allí salvar á Atala, ni quien podia impedirla que se rindiese á la naturaleza? Nadie absolutamente sino un milagro que en efecto se verificó. La hija de Simaghan recurrió al Dios de los cristianos; se postró en tierra, y pronunció una fervorosa oracion á su madre, la reina de las vírgenes. Desde este momento, ó René, concebí una maravillosa idea de esta religion, que en los bosques y en medio de todas las privaciones de la vida, puede llenar de favores á dos desgraciados: esta religion, en fin, que oponiendo solo su poder al impetuoso torrente de las pasiones, basta para vencer la mas fogosa inclinacion, aun cuando esté de su parte el secreto de los bosques, la ausencia de los hombres y la fidelidad de las sombras. Ah!

¡Qué divina me parecía la simple salvage y la ignorante Atala, que puesta de rodillas delante de un viejo y derribado pino, como si fuese al pie de un altar, ofrecía á su Dios los votos en favor de un amante idólatra! Sus ojos dirigidos ácia el astro de la noche; sus megillas brillantes con las lágrímas de la religion y del amor presentaban una hermosura inmortal. A veces me parecia que iba á tomar su vuelo ácia los cielos, y otras creí ver bajar sobre los rayos de la luna, y oir en las ramas de los árboles, aquellos espíritus que envia el Dios de los cristianos á los ermitaños de las peñas, cuando quiere llamarlos para sí...... Quedé entónces afligido pronosticando que restaba á Atala muy poco tiempo de vida.

«En esta disposicion vertió tantas lágrimas y se mostró tan desgraciada que me hallaba casi resuelto á dejarla,

cuando resonó en el bosque el grito de muerte, y se echan sobre mí cuatro hombres armados. Habíamos sido descubiertos y el gefe de la guerra habia dado órden que nos siguiesen.

«Atala, que se parecia á una reina en la magestad de su poder y modo de pensar, no se dignó hablar á estos guerreros: solamente les echó una ojeada soberbia y se fué junto á su padre.

«Nada pudo conseguir: me doblaron las guardias: me multiplicáron las cadenas y se lleváron á mi amante. Cinco noches se pasáron cuando divisamos á Apalachucla situada á las orillas del rio Chata-Uche. Al instante me coronaron de flores, me pintaron la cara de azul y vermellon, me adornaron de perlas las narices y orejas, y me pusieron en la mano una chichikoue (1).

(1) Instrumento músico de los salvages.

«Adornado así para el sacrificio, entré en Apalachucla con repetidos gritos del pueblo. Ya me contaba sin vida, cuando se dejó oir el sonido de un caracol, y el mico ó gefe de la nacion ordenó una asamblea.

«No ignoras, hijo mio, los tormentos que los salvages hacen sufrir á los prisioneros de guerra. Los misioneros cristianos con peligro de sus vidas y con una infatigable caridad consiguiéron en muchas naciones se substituyese á los horrores de la hoguera una esclavitud bastante dulce. Los muscogulgos no habian adoptado aún esta costumbre, aunque se habia declarado en su favor un partido bastante considerable. Para decidir sobre este importante asunto convocó el mico á los sachems, y me llevaron á la audiencia.

«No léjos de Apalachucla estaba sobre una tierra aislada el pavellon del

consejo. Tres círculos de columnas formaban la elegante arquitectura de esta rotunda. Las columnas eran de ciprés bruñido y esculpido, y asímismo mas altas, gruesas y en menor número á proporcion que se acercaban al centro señalado por un solo pilar, de cuya cima salian dos fajas de corteza que pasando sobre las otras columnas cubrian el pavellon en forma de abanico. Juntóse el consejo compuesto de cincuenta ancianos con magníficas capas de castor, los cuales se colocaron sobre una especie de gradería que mira á la puerta del pavellon: se sienta en medio de ellos el gefe supremo teniendo en la mano la pipa de paz, y medio colorada para la guerra. A la derecha de estos viejos se ponen cincuenta mugeres con vestidos largos guarnecidos de plumas de cisne, y á la izquierda de estos padres de la pa-

tria, se colocan los gefes de guerra con su tomahawk en la mano, penacho en la cabeza y teñidas de sangre sus manos y pecho.

«Al pie de la columna central está ardiendo el fuego del consejo. El primer juglar rodeado de ocho guardas del templo, con vestido talar, y llevando un buho de paja sobre la cabeza, echa en el fuego bálsamo de copaiba, y ofrece al sol un sacrificio. Estas tres clases de ancianos, matronas y guerreros, y ademas los sacerdotes, las nubes de incienso y el sacrificio contribuyen para dar á este consejo salvage un estraordinario y magestuoso aparato.

«Yo estaba de pie y encadenado en medio de la asamblea. Concluido el sacrificio, toma la palabra el mico esponiendo con sencillez el asunto que debe tratar el consejo, y en testimonio

de lo que acaba de decir echa un collar azul en la sala.

«Entonces se levanta un sachem de la tribu del águila y habla así:

«Mi padre, el mico, sachems, matronas y guerreros de las cuatro tribus del águila, del castor, de la serpiente y de la tortuga, no alteremos en nada las costumbres de nuestros abuelos: quememos al prisionero y no afeminemos nuestro valor. La costumbre que os proponen es propia de los blancos, y ella nos ha de ser perniciosa. Dad un collar rojo que contenga mis palabras. Concluí."

«Entónces echa un collar rojo en la asamblea.

«Se levanta despues una matrona y dice:

«Mi padre, el águila, vos teneis el espíritu de un zorro, y la prudente lentitud de una tortuga. Quiero ma-

»nifestar entre vos y yo la cadena de »amistad, y plantarémos el árbol de »la paz. Pero mudemos las costum»bres de nuestros abuelos en lo que »tengan de funesto. Tengamos escla»vos que cultiven nuestros campos, y »no volvamos á oir mas los gritos de »los prisioneros que conmueven las »entrañas de las madres. Acabé."

«Al modo que se rompen las olas de la mar en una tempestad; así como en tiempo de otoño levanta un torbellino las hojas secas; como en una repentina inundacion se bajan y levantan las cañas del Meschacebe, y como una gran manada de ciervos brama en lo profundo de un bosque; del mismo modo se agitaba y murmullaba el consejo. Los sachems, los guerreros y las matronas hablan sucesivamente á un mismo tiempo. Hay partidos y diversidad de opiniones, y se deshace el consejo.

Prevalece el uso antiguo, y se decide que me quemen con los tormentos acostumbrados.

«Retardóse mi castigo por la circunstancia de estar prócsima la fiesta de los muertos, ó el festin de las almas. Es costumbre introducida que no se mate á ningun cautivo en los dias consagrados á esta grande ceremonia. Me entregáron á una guardia rigurosa, y sin duda los sachems alejáron á la hija de Simaghan, porque no la volví á ver.

«Sin embargo, las naciones de mas de trescientas leguas al rededor llegaban en tropas para celebrar el festin de las almas. Se habia construido una choza larga en el desierto en un sitio apartado. Al dia señalado desenterró cada cabaña de sus respectivos sepulcros los residuos de sus padres, colgando por órden y por familias todos

estos esqueletos en las paredes de la sala comun de los abuelos. Con motivo de esperimentarse á la sazon una grande tempestad, los vientos, los bosques y las cataratas bramaban por fuera mientras que los viejos de diversas naciones concluían entre sí tratados de comercio, de paz y de alianza sobre los huesos de sus padres.

«Se celebran los juegos fúnebres, la carrera, la pelota y las tabas. Dos vírgenes procuran quitarse una sortija de sauce. Se juntan sus bocas y los botones de sus senos, y mueven con ligereza sus manos sobre la sortija, que levantan por cima de sus cabezas; se enlazan sus hermosos y desnudos pies; se confunden sus dulces alientos; ladean y mezclan sus cabellos; miran á sus madres; se avergüenzan y se las aplaude (1). El juglar invoca á Micha-

(1) El rubor es muy conocido entre las jóvenes salvages.

bou, genio de las aguas. Cuenta las guerras de la grande Liebre contra Kitchimanitou, dios del mal. Invoca tambien al primer hombre, y á la bella Atahensic, la primera muger, precipitados ambos del cielo por haber perdido la inocencia: á la tierra colorada con la sangre fraternal; á Jouskeka el impío, sacrificando al justo Tahouistsaron; al diluvio bajando á la voz del grande espíritu; á Massou libertado solo en su canoa de corteza; al cuervo enviado para descubrir la tierra, y á la hermosa Endae retirada del pais de las almas por las dulces canciones de su esposo. Acabados estos juegos y cánticos se disponen para dar á sus abuelos una eterna sepultura.

«Se veía á la orilla del rio Chacta-Uche una higuera silvestre consagrada al culto de los pueblos. Acostumbraban las vírgenes lavar en este sitio sus

vestidos de corteza y esponerlos al aire del desierto sobre las ramas del árbol antiguo donde cavaron un inmenso sepulcro. Salen de la sala fúnebre cantando el himno á la muerte: cada familia lleva algun pedazo sagrado. Llega esta procesion solemne hasta la tumba, y colocan allí las reliquias, estendiéndolas á trechos y separándolas con pieles de oso y de castores. Se eleva el monte del sepulcro, y se planta en él el árbol de los llantos y del sueño.

«¡Compadezcámonos de los hombres, mi querido hijo! Estos mismos indios, cuyas costumbres son tan apreciables, y estas mismas mugeres que me habian manifestado un interes tan tierno, pedían sin embargo mi muerte á grandes gritos, y naciones enteras suspendian su marcha por tener el gusto de ver sufrir terribles tormentos á un jóven desgraciado.

«En un valle que está al norte, y á corta distancia de la gran poblacion se elevaba un melancólico bosque de cipreses y pinos, llamado el *bosque de la sangre*. Se subía á él por las ruinas de uno de aquellos antiguos monumentos que pertenecia á un pueblo hasta ahora desconocido. Habia en el centro de este bosque un vasto arenal donde se sacrificaban los prisioneros de guerra. Me condugeron á él en triunfo, y estaba ya todo preparado para mi muerte. Plantáron el poste de Areskoui; caen al golpe del hacha los pinos, los olmos y los cipreses antiguos; se enciende la hoguera; forman los espectadores sus anfiteatros con ramas y troncos de árboles; inventa cada uno su suplicio; propone uno que se me arranque la piel del cráneo; otro que me quemen los ojos con hachas encendidas, y empezando yo mi can-

cion de muerte les digo:

«No temo vuestros tormentos; soy valiente, ó muscogulgos, os desafío, os desprecio mas que á unas débiles mugeres: mi padre Outalissi, hijo de Miscow, ha bebido en el cráneo de vuestros mas famosos guerreros; no arrancareis de mi corazon un solo suspiro.»

«Irritado con mi cancion un guerrero, me pasó un brazo con una flecha y le dige: »te doy gracias, hermano.»

«A pesar de la actividad de los verdugos, no pudiéron acabarse los preparativos del suplicio antes de ponerse el sol. Consultáron al juglar, el que prohibió se turbasen los genios de las sombras, y se suspendió mi muerte hasta el dia siguiente. Pero por la impaciencia de disfrutar del espectáculo, y para tenerlo todo prevenido al salir el sol, no dejaron el bosque de la san-

gre: encendiéron grandes hogueras y diéron principio á sus festines y danzas.

«Me tenian echado de espaldas. Los cordeles que colgando de mi cuello sugetaban mis pies y brazos, estàban atados á unas estacas fijadas en la tierra, y ademas estaban echados algunos guerreros sobre los cordeles, de modo, que no podia hacer movimiento alguno sin que lo advirtiesen. Adelantándose la noche se disminuyen por grados las canciones y danzas, y làs hogueras no despiden ya sino unas luces rojas, delante de las cuales se veían las sombras de algunos salvages errantes; todo está dormido, y á proporcion que se debilita el ruido de los hombres se aumenta el del desierto, sucediendo al tumulto de làs voces los llantos del viento en el bosque.

«A este tiempo una jóven india que acababa de parir, despierta sobresalta-

da al medio de la noche, porque la pareció oir los gritos de su hijo que la pedia su dulce alimento. Estaba ya reflexionando mi destino fijando los ojos en el cielo, donde giraba la luna por entre nubes. Atala me pareció un monstruo de ingratitud. ¡Yo que me habia ofrecido á las llamas antes que dejarla!...... ¡Y abandonarme ella en el momento mismo de mi suplicio!...... Sin embargo, conocia que la amaba y que moriria con gusto por ella.

«En los escesivos placeres se siente un aguijon que nos despierta como para advertirnos que debemos aprovechar este momento rápido; así como por el contrario en los grandes dolores se advierte una especie de pesadez que nos entorpece: cansados los ojos de llorar procuran naturalmente cerrarse, y la bondad de la Providencia se deja conocer hasta en nuestras desgracias. Por

fin, me rendí á aquel pesado sueño que gusta algunas veces á los miserables. Soñaba que me quitaban las cadenas, y me parecia sentir el alivio que se esperimenta cuando despues de haber estado fuertemente apretado, afloja nuestros hierros una compasiva mano.

«Fué tan viva en mí esta sensacion que me hizo levantar los párpados. Á la pálida luz de la luna, cuyos rayos descendian de entre dos nubes, divisé una figura blanca, que inclinada sobre mí, se ocupaba en desatar silenciosamente mis cordeles: iba yo á gritar, cuando siento que me tapa la boca una mano que reconocí al instante: solo faltaba una cuerda que parecía imposible romper sin tocar á un guerrero que la tenia toda debajo de su cuerpo. Echa á ella su mano Atala, despierta el guerrero y se sienta: queda inmóvil Atala

mirándole: creyendo el indio fuese el espíritu de las ruinas, se vuelve á echar cerrando los ojos, é invocando á su Manitu. Se rompe el cordel, me levanto y sigo á mi libertadora. Pero ¡de cuántos peligros nos vimos cercados! Unas veces estuvimos á pique de tropezar con los salvages dormidos en la sombra: otras nos hacia varias preguntas un guardia á quien Atala respondia mudando su voz. Gritan los niños, y ladran los perros por donde pasamos. Apenas salimos de este funesto recinto, cuando nos pareció que se meneaba el bosque á fuerza de ahuilidos. Despertáron los soldados, se encendiéron las hogueras, vimos correr por todas partes con luces á los salvages, y apresuramos el paso.

«Cuando la aurora salia del Oriente, ya estábamos léjos en el desierto. ¡Grande espíritu! ¡Bien sabeis cual

fué mi felicidad cuando me ví de nuevo en la soledad con Atala; con Atala mi libertadora; con Atala que se me entregaba para siempre! Faltaron palabras á mi lengua; me arrodillé, y dige á la hija de Simaghan: muy poco valen los hombres; pero cuando los visitan los Genios, son muy apreciables. Sois un Genio, me habeis visitado, y no puedo hablar delante de vos. Atala entónces me alargó su mano con una sonrisa melancólica y me dijo: *Es preciso que os siga, pues no quereis huir sin mí. Soborné esta noche al juglar; embriagué á vuestros verdugos con esencia de fuego* (1), *y debí esponer mi vida por vos, porque habeis dado la vuestra por mí. Sí, jóven idólatra*, añadió con un tono terrible, *el sacrificio será recíproco.*"

"Me entregó Atala las armas que

(1) Aguardiente.

tuvo cuidado de traer; me vendó despues la herida que enjugaba con una hoja de papaya al mismo tiempo que la regaba con sus lágrimas. *Es un bálsamo*, la dige, *el que viertes sobre mi llaga*; pero ella me respondió: *mas bien me temo que sea un veneno*. En fin, rompió uno de los encages de su seno del que hizo un cabezal, que sugetó con un rizo de sus cabellos.

«La embriaguez que dura mucho tiempo á los salvages, y es para ellos una especie de enfermedad, les impidió sin duda perseguirnos en las primeras jornadas; y en el caso de buscarnos es probable fuese ácia el Occidente en la persuasion de que bajaríamos al Meschacebe; pero habíamos tomado nuestra ruta ácia la estrella inmóvil (1) dirigiéndonos sobre el musgo de los troncos de los árboles.

(1) El Norte.

«No tardamos en conocer cuan poco habíamos ganado con mi libertad. Presentaba el desierto á nuestros ojos sus inmensas soledades: sin esperiencia de la vida de los bosques; estraviados de nuestro verdadero camino, y marchando á la aventura ¿qué sería de nosotros en aquellos bosques salvages? Acordábame con frecuencia, mirando á Atala, de la antigua historia de Agar que me hacía leer Lopez, y sucedió mucho tiempo ha en el desierto de Bersabé, cuando los hombres vivian tres edades de encinas.

«Atala me hizo una capa de la segunda corteza de fresno, porque estaba casi desnudo. Me bordó mocasines (1) con piel de raton, perfumada con pelos de erizo. Por mi parte tuve tambien cuidado de adornarla: unas veces la ponia sobre su cabeza una corona

(1) Calzado de los indios.

de malvas azules, que hallábamos al paso en los abandonados cimenterios de los indios; otras la hacía collares con granos rojos de azalea, y despues me echaba á reir contemplando su maravillosa hermosura.

«Cuando hallábamos un rio, lo pasábamos á nado, ó sobre una balsa. Apoyaba Atala una de sus manos sobre mi espalda y como dos cisnes viageros atravesábamos las ondas solitarias.

«En tiempo de los calores rigurosos buscábamos con frecuencia un abrigo bajo los musgos de los cedros. Casi todos los árboles de la Florida, especialmente el cedro y la encina verde, están cubiertos de un musgo blanco que baja de sus ramas hasta la tierra. Así como por la noche á la claridad de la luna, cuando percibis sobre una rasa sábana una encina aislada cubierta

con esta vestidura, pensais ver un fantasma que arrastra tras sí sus largas cortinas; así tambien es no menos pintoresca la escena al mediodia, porque un crecido número de mariposas, moscas brillantes, colibris, papagayos verdes, y arrendajos azules vienen á colgarse de estos musgos, y presentan con ellos el efecto de una tapicería de lana blanca bordada, y sembrada de insectos y aves resplandecientes por un europeo.

«En estas maravillosas posadas preparadas por el grande Espíritu en medio de las soledades descansábamos á la sombra. Cuando los vientos bajaban del cielo para mover este enorme cedro; cuando el castillo aereo batido sobre sus ramas iba fluctuando con las aves y viageros dormidos en su abrigo, y cuando salian mil suspiros de las galerías y bóvedas del móvil edificio, jamas po-

dian competir las maravillas del antiguo mundo con este monumento del desierto.

« Cada noche encendíamos una grande hoguera, y formábamos la barraca de camino con una corteza apoyada sobre cuatro estacas. Yo habia muerto un pavo salvage, una paloma torcaz y un faisan de los bosques, los cuales colgábamos á la punta en una vara larga fijada en tierra delante de la encina encendida, abandonando á los vientos el cuidado de restituir su presa al cazador. Nos manteniamos de ovas llamadas *tripas de peñas*, con azucaradas cortezas de álamo blanco y sangüesa mezclada con manzanas de mai, que tienen el gusto del albérchigo. El nogal negro, el zumaque y el acebuche, proveían de vino á nuestra mesa solitaria. Algunas veces iba yo á buscar entre las cañas una planta cuya flor

ensanchada en forma de trompetilla, contenía un cristal del mas puro rocío. Bendecíamos á la Providencia que sobre el tierno vástago de una flor habia colocado este azúcar limpio en medio de las lagunas corrompidas; del mismo modo que puso la esperanza en medio de los corazones ulcerados por la tristeza, y hace salir la virtud del seno de las miserias de la vida.

«Pero ¡ay de mí! pronto descubrí que me habia engañado la aparente calma de Atala. Cuanto mas avanzábamos en el desierto, tanto mas se apoderaba de ella la tristeza. Se estremecia con mucha frecuencia, y sin causa, volviendo precipitadamente la cabeza.

«La sorprendia echando sobre mí una mirada apasionada, que dirigia despues ácia el cielo con una profunda melancolía. Lo que mas me asustaba

era una especie de secreto ó pensamiento que ocultaba en el fondo de su alma, aunque lo revelaban sus ojos. Fomentando siempre y desechando, animando y destruyendo mis esperanzas, cuando me parecia haber dado algun paso en su corazon, me hallaba al principio del camino. Cuántas veces me dijo: ¡*O amante jóven mio*! ¡*Te amo como á la sombra de los bosques en medio del dia*! *Eres hermoso como el desierto con todas sus flores y brisas. Si me inclino sobre tí me estremezco; si mi mano toca á la tuya me parece que voy á morir. El otro dia echó el viento tus cabellos sobre mi cara, mientras descansabas en mi regazo; me pareció sentir el suave tacto de los Espíritus invisibles. Sí, he visto las cabras de la montaña de Occon; he oido los propósitos de los hombres cansados de vivir; pero la dulzura de los cabriti-*

*llos y la sabiduría de los viejos, son menos agradables y menos fuertes que tus palabras. Ah! pobre Chactas, no seré jamas tu esposa!"*

«Las perpetuas contradicciones del amor y de la religion de Atala; el abandono de su ternura y la castidad de sus costumbres; la grandeza de su carácter, y su profunda sensibilidad; la elevacion de su alma en las cosas grandes, y su humildad en las pequeñas, me hacian mirarla como á un ser incomprensible. No podia Atala egercer sobre un hombre un imperio débil: al mismo tiempo que estaba llena de pasiones, lo estaba tambien de poder; era preciso ó adorarla ó aborrecerla.

«Despues de quince dias de una marcha precipitada, entramos en la cordillera de los montes Alleganis, y llegamos á uno de los brazos del rio Tenaso que desagua en el Ohio. Ayu-

dado de los consejos de Atala hice una canoa que carené con goma de ciruelo, despues de haber cosido las cortezas con raices de pino: nos embarcamos en ella abandonándonos á la corriente del rio.

«Se veía á nuestra izquierda tras de un promontorio la poblacion de Stico con sus tumbas piramidales y sus barracas arruinadas: dejamos á la derecha el valle de Keow, que termina en la perspectiva de las cabañas de Jore, suspendidas al frente de la montaña del mismo nombre. El rio que nos llevaba corria entre altas montañas, á cuyo estremo se veía poner el sol. Aquellas profundas soledades no estaban embarazadas con la presencia del hombre. Solo vimos un cazador indio que apoyado sobre su arco, é inmóvil sobre la punta de una peña, parecia una estátua erigida en

la montaña al genio de los desiertos.

«Uníamos Atala y yo nuestro silencio al de la escena del mundo primitivo, cuando de repente la hija del desierto hizo resonar en los aires una voz llena de emocion y de melancolía cantando su patria ausente.

«¡Felices los que no han visto el »humo de las fiestas estrangeras, y »solo han asistido á los festines de sus »padres!

«Si el arrendajo del Meschacebe di»gera á la nomparela de las Floridas: »¿Por qué os lamentais tan tristemen»te? ¿Acaso no teneis aquí aguas cris»talinas, sombras deliciosas, y toda »especie de pastos como en vuestros »bosques? Sí, responderia la nompa»rela fugitiva; pero mi nido está en »un jazmin: ¿quién me lo traerá? Y »el sol de mi llanura ¿lo teneis vos »acaso?

"¡Felices los que no han visto el
"humo de las fiestas estrangeras, y
"solo han asistido á los festines de sus
"padres!

"¡Despues de una penosa marcha
"se sienta el viagero con tristeza: re-
"gistra al rededor de sí los techos de
"los hombres, y no halla donde recli-
"nar su cabeza! ¡Llama á la puerta
"de la cabaña, arrima á un lado su
"arco, y pide le hospeden en ella: ha-
"ce el dueño una señal con la mano,
"y el viagero toma otra vez su arco,
"y se vuelve al desierto!

"¡Felices los que no han visto el
"humo de las fiestas estrangeras, y so-
"lo han asistido á los festines de sus
"padres!

"Vosotras, maravillosas historias,
"contadas al rededor del hogar, tier-
"nas efusiones del corazon, y largas
"costumbres de amar, tan necesarias

"á la vida: vosotras sois las que habeis
"llenado de satisfacciones á los que no
"han dejado su pais nativo! ¡Sus se-
"pulcros están en su patria con el sol
"puesto, con los llantos de sus amigos,
"y con los encantos de la religion!

"¡Felices los que no han visto el hu-
"mo de las fiestas estrangeras, y solo han
"asistido á los festines de sus padres!"

"De este modo cantaba Atala sin que nadie interrumpiese sus quejas, sino el sordo ruido que hacia nuestra canoa sobre las ondas. Solamente en dos ó tres parages los recogió un débil eco que los volvió mas débiles en la segunda vez, y mucho mas á la tercera: se hubiera creido que el alma de dos amantes tan desgraciados en otro tiempo como nosotros, y atraidos de esta dulce melodía, se complacian suspirando en la montaña sus últimos sentimientos.

«Aunque la soledad, la presencia continua del obgeto amado y nuestras mismas desgracias aumentaban continuamente nuestro amor, sin embargo las fuerzas de Atala comenzaban ya á abandonarla, y abatiendo su cuerpo las pasiones iban ya á triunfar de sus virtudes cristianas. Instaba continuamente á su madre, cuya sombra irritada parecia querer apaciguar. Me preguntaba algunas veces si oía alguna voz lastimosa, ó si veía salir llamas de la tierra. Por lo que á mí tocaba, lleno de fatiga, abrasado de deseo, y contemplándome perdido en estos bosques, estuve tentado mil veces á coger entre mis brazos á mi esposa, y otras tantas la propuse hiciésemos una barraca en aquellos desiertos y nos enterrásemos juntos en ella. Pero siempre se me opuso diciendo: «Reflexiona, mi »jóven amigo, que un guerrero debe

„servir á su patria: ¿qué falta hace „una muger flaca en comparacion de „los deberes que debes llenar? Animo, „hijo de Outalissi, no murmures con- „tra tu destino: el corazon del hom- „bre es como la esponja del rio, que „unas veces bebe agua pura en tiem- „po de serenidad, y otras la bebe tur- „bia en tiempo de tormenta. ¿Por ven- „tura tiene la esponja derecho para „decir: creía que no hubiese jamas „tempestades, ni que abrasase el sol?"

"¡Oh René! si temes las turbaciones del corazon, no te fies de los retiros salvages: las pasiones grandes son solitarias, y transportarlas al desierto, no sería mas que volverlas su imperio. Oprimidos de cuidados y de miedos: espuestos á caer en manos de indios enemigos, á ser sumergidos en las aguas, mordidos de las serpientes, devorados de las bestias, hallando con dificultad

un escaso alimento, y no sabiendo adonde dirigir nuestros pasos, parecia haber llegado á su mayor altura nuestros males, cuando sobrevino un accidente que echó el colmo á todos.

«Ya se cumplian veinte y siete soles desde que salimos de las cabañas; ya la *luna de fuego* (1) habia comenzado su carrera, y todo anunciaba una tempestad; ya se acercaba la hora en que las matronas indias colgaban su cayada de labor en las ramas del sabinero, y en que los papagayos se retiraban á los huecos de los cipreses para disfrutar la frescura en medio del dia, cuando comenzó á cubrirse el cielo. Callaron todas las voces de la soledad, guardó silencio el desierto, y quedáron enmudecidas las selvas y en una calma universal. No tardó en oirse á lo léjos el estallido de un trueno, que

(1) Mes de julio.

estendiéndose por aquellos bosques, tan antiguos como el mundo, hizo salir de ellos un ruido terrible. Temiendo nosotros sumergirnos en medio del rio, nos dimos priesa para ganar la orilla y retirarnos á una selva. Era aquel un terreno pantanoso: caminábamos con fatiga bajo una bóveda de zarzaparrilla, y entre cepas de viñas, añil, judías, y arrastradas enredaderas, que entrelazaban como redes nuestros pies. Murmuraba al rededor de nosotros el húmedo suelo, y á cada instante nos mirábamos espuestos á hundirnos: nos cegaba un enjambre de insectos, y nos hallábamos rodeados de disformes murciélagos: sonaban por todas partes las culebras de cascavel: y los lobos, osos, bisontes, carcajos y tígres, que iban á abrigarse á aquellos retiros, los estremecian con sus rugidos.

»Ademas se aumentaba la obscuri-

dad, y rateras las nubes, se metian bajo las sombras de los árboles: abrióse una de ellas despidiendo un grande relámpago de fuego: un viento impetuoso que venia del poniente, mezclaba en un vasto caos unas nubes con otras: se abrió el cielo por varias partes, descubriendo por medio de sus grietas nuevos cielos y campos encendidos: los árboles del bosque parecia que se duplicaban: ¡qué espantoso y magnífico espectáculo! Encendió el rayo los árboles: se estendió el fuego como una madeja de llamas; y unas columnas de centellas y humo cubriéron las nubes que descargáron sus rayos sobre el vasto incendio. El sonido de la tempestad y del incendio, el ruido de los vientos, los gemidos de los árboles, los gritos de los fantasmas, los ahullidos de las bestias, los clamores de los rios, y los silbidos de los truenos, que se

ahogaban cayendo en las olas, todos estos estruendos multiplicados por los ecos del cielo y de las montañas ensordecian el desierto.

«¡Bien lo sabe el grande espíritu! En este momento no ví sino á Atala, ni pensé en otra cosa que en ella: la metí bajo el inclinado tronco de un álamo grande para libertarla de las aguas, y sentado yo tambien bajo este mismo árbol hospitalario, teniéndola sobre mis rodillas, y calentando con mis manos sus hermosos y desnudos pies, me contemplaba mas feliz que una recien casada cuando por primera vez siente que salta en su seno el fruto de sus entrañas.

«Estábamos muy atentos al ruido de la tempestad, cuando siento caer sobre mi pecho una lágrima de Atala. «¡Tempestad del corazon! esclamé: ¿es »esta una gota de vuestra lluvia? Y

„la dige: Atala, sin duda me ocultas „alguna cosa ¡ábreme tu corazon, „querida mia! ¡las penas se alivian „mucho cuando se comunican á un „amigo! ¡Cuéntame tu dolor secreto, „que tanto te obstinas en ocultar! ¡Ah! „Ya lo penetro. ¿Sientes tu patria?” Hijo de los hombres, me respondió ella, ¿por qué he de llorar mi patria cuando mi padre no está ya en la tierra de las palmas? = “¿Pues qué? la „dige con asombro, no eran vues„tros padres del pais de las palmas? „¿Quién es el que os echó á esta „tierra de miseria? Respondedme.” Atala me dijo entonces lo siguiente:

“Antes que mi madre hubiese lle„vado al matrimonio con el guerrero „Simaghan treinta yeguas, veinte bú„falos, cien medidas de aceite de be„llota, cincuenta pieles de castor, y „otras muchas riquezas, habia cono-

»cido un hombre blanco. La madre »de mi madre la echó agua en la cara, »y la obligó á casarse con el magná»nimo Simaghan, muy parecido á un »rey, y honrado de los pueblos como »un genio. A este nuevo esposo, pues, »le habló mi madre en estos términos: »*Mi vientre ha concebido, matadme.* »Pero Simaghan la respondió: ¡El »grande espíritu me libre de cometer »una accion tan ruin! No os mutilaré, »ni os cortaré la nariz, ni las orejas »porque sois tan sincera, y no habeis »sido infiel á mi tálamo: el fruto de »vuestras entrañas lo será tambien »mio, y no os visitaré hasta que se »vaya el pájaro del arroz, cuando bri»lle la luna décimatercia. En este in»termedio rompí el seno de mi madre, »y comencé á crecer siendo tan orgu»llosa como un español y como un sal»vage. Mi madre me hizo cristiana,

„como lo eran ella y mi padre. Des-
„pues se apoderó de ella la tristeza
„del amor, y bajó á su pequeña cue-
„va guarnecida de pieles, de la que
„no sale jamas."

"Tal fué la historia de Atala. Mas
„¿quién era tu padre, la dije yo, po-
„bre huérfana del desierto? ¿Cómo le
„llamaban en la tierra los hombres, y
„qué nombre tenia entre los genios?
„Yo no lavé jamas los pies de mi pa-
„dre, me respondió Atala, solo sé que
„vivia con una hermana suya en S.
„Agustin, y que fué siempre fiel á mi
„madre. Felipe era su nombre entre
„los ángeles, y los hombres le llaman
„*Lopez*."

"A estas palabras dí un grito que resonó en toda la soledad: el ruido de mis transportes se mezcló con el de los truenos, y apretando á Atala sobre mi corazon, como si la quisiese ahogar, la

dije estas palabras interrumpidas con sollozos: «¡Oh mi querida hermana! «¡O hija de Lopez! ¡Oh hija de mi bienhechor!" Asustada Atala me preguntó la causa de mi turbacion; pero cuando la respondí que Lopez era aquel generoso huésped que me habia adoptado en S. Agustin, y á quien yo habia dejado por vivir libre, quedó tambien llena de confusion y de alegría.

«Era demasiado golpe para nuestros corazones esta fraternal amistad, que venia á visitarnos y unir su amor con el nuestro: los combates de Atala eran inútiles; en vano metia su mano en el seno haciendo movimientos estraordinarios; ya la tenia yo agarrada, ya estaba enagenado con su aliento, y ya habia gustado en sus labios todo el encanto del amor. Con los ojos fijos en el cielo, y á la luz de los rayos tenia

en brazos á mi esposa en medio de los desiertos, y en presencia del Eterno. ¡Pompa nupcial, digna de nuestras desgracias, y de la grandeza de nuestros amores salvages! ¡Soberbias selvas, que agitais todas vuestras yerbas y bóvedas como las cortinas y cielo de nuestra cama! ¡Abrasados pinos, que formais los faroles de nuestro himeneo! ¡Rio desenfrenado, montañas bramadoras, espantosa y sublime naturaleza! ¡Vosotros no erais mas que un vano aparato, preparado para engañarnos, y no pudisteis ocultar por un momento en vuestros misteriosos horrores la felicidad de un hombre!

«Ya no ofrecia Atala mas que una débil resistencia, y yo tocaba el momento de mi felicidad, cuando siento de repente un impetuoso relámpago seguido del estallido de un rayo, que desterrando la espesura de las sombras,

y llenando el bosque de azufre y claridad, destrozó un árbol á nuestros pies. Huimos llenos de espánto. ¡Terrible sorpresa!....... En el silencio que sucedió á este grande destrozo, oimos el sonido de una campanilla. Suspensos ámbos aplicamos el oido á este ruido tan estraño en el desierto. Al instante oimos á lo léjos el ladrido de un perro; se acerca, redobla sus ladridos, llega y ahulla de alegría á nuestros pies: tras él vimos un viejo solitario que con una linterna en la mano venia desterrando las tinieblas del bosque. «¡Bendita sea para siempre la divina »providencia, dijo luego que nos percibió! ¡Ya hace tiempo que os voy »buscando! Ordinariamente tocamos »por la noche, y cuando hay tempestades, la campanilla de la mision para llamar á los viageros; y á imitacion de nuestros hermanos de los Al-

„pes y del Líbano, enseñamos á nues-
„tro perro á descubrir los estrangeros
„estraviados en las soledades: ya os
„ha sentido desde que comenzó la
„tempestad, y me ha conducido aquí.
„¡Oh buen Dios! ¡Qué jóvenes son!
„¡Pobrecitos hijos! ¡Cuánto habreis
„sufrido en el desierto! Venid conmi-
„go: aquí tengo una piel de oso que
„servirá para esta jóven, y un poco
„de vino en nuestra calabaza. ¡Sea
„Dios alabado para siempre en todas
„sus obras! ¡Cuán grande es su mi-
„sericordia, y cuán infinita su bon-
„dad!"

"Atala estaba postrada á los pies del Religioso, y le dijo: "Gefe de la ora-
„cion, yo soy cristiana, el cielo os
„envia aquí para salvarme. = Por lo tocante á mí, apenas entendia al ermitaño: esta caridad me parecia tan superior al hombre, que la juzgaba un

sueño. A la luz de la linterna que tenia el Religioso divisé su barba y cabellos llenos de agua, y ensangrentados con las zarzas sus pies, manos y cara. «¡Venerable viejo! le dige:
»¿Qué corazon es el tuyo cuando no
»temes que te mate el rayo? ¿Temor,
»me respondió con una especie de
»enardecimiento, temor cuando hay
»hombres en peligro y puedo serles
»útil? ¡En tal caso sería un indigno
»siervo de Jesucristo! = Pero ¿sabes,
»le contesté, que no soy cristiano?
»¿Y qué? me replicó, ¿te he pregun-
»tado àcaso cual es tu religion? ¿Ha
»dicho por ventura Jesucristo, mi
»sangre lavará á éste, y no á aquel?
»Murió igualmente por el judío, que
»por el gentil, y no reconoce en to-
»dos los hombres sino hermanos y
»desgraciados. Bien poco es lo que
»hago aquí por vosotros, y acaso ha-

„llaríais en otra parte mayores socor-
„ros; pero no debe atribuirse esta
„gloria á los sacerdotes. ¿Qué somos
„nosotros, débiles solitarios, sino vi-
„les instrumentos de una obra celes-
„tial? Mas no obstante, ¿qué soldado
„habria tan cobarde que volviese pies
„atrás viendo á su gefe, que, con la
„cruz en la mano y coronada de espi-
„nas la cabeza, camina delante de él
„al socorro de los hombres?"

Estas palabras penetráron todo mi corazon, y derramé lágrimas de admiracion y de ternura.

"Mis queridos neófitos, prosiguió el
„misionero, yo gobierno en estas sel-
„vas un corto número de salvages,
„compañeros vuestros: mi gruta está
„cerca de aquí en una montaña: venid
„á calentaros á ella, y aunque no ha-
„llareis las comodidades de la vida, os
„servirá á lo ménos de abrigo. ¡Aun

„de esto debo dar gracias á la bondad „divina, porque hay muchos hombres „que no la tienen!"

## *Los labradores.*

Hay justos cuya conciencia se halla tan tranquila, que no se puede tratar con ellos sin participar de la paz que exhalan, ó, por mejor decir, de su corazon y de sus pensamientos. Segun iba hablando el solitario, sentia yo calmarse en mi seno las pasiones, y hasta la misma tempestad del cielo parecia que se alejaba con su voz. Se esparciéron tanto las nubes que nos permitiéron dejar nuestro retrete. Salimos del bosque, y comenzamos á trepar la espalda de una alta montaña. Iba delante de todos el perro, que conducia en la punta de un palo la linterna

apagada. Llevaba yo de la mano á Atala, y seguíamos al misionero que volvia con frecuencia la cara para mirarnos, contemplando con lástima nuestras desgracias y nuestra juventud: traía un libro colgado del cuello y un baston blanco en la mano derecha: su talle era alto; su figura pálida y flaca, y su fisonomía apacible y sincéra: no tenia aquellas facciones amortiguadas y pacatas que se advierten en el hombre que nace sin pasiones: se conocia que habian sido penosos sus dias; y las arrugas de su frente manifestaban las hermosas cicatrices de las pasiones ahogadas por las virtudes, y por el amor de Dios y de los hombres. Cuando nos hablaba en pie é inmóvil, su barba larga, sus ojos bajos y modestos, y su voz afable, publican su serenidad y grandeza de alma. El que haya visto como yo al P. Aubry, caminando

solo por el desierto con su baston y breviario, tendrá una perfecta idea del viagero cristiano sobre la tierra.

«Despues de haber andado una media hora por los peligrosos senderos de la montaña, llegamos á la gruta del misionero, donde entramos por medio de las yedras, y otras malezas que la lluvia habia arrancado de las peñas. No habia en este albergue sino una estera de hojas de papaya, una calabaza para sacar agua, algunos vasos de madera, una pala, una culebra doméstica, un crucifijo, y el libro de los cristianos que estaba sobre una piedra que servia de mesa.

Se dió priesa este buen viejo á encender lumbre con yerbas secas: molió entre dos piedras un poco de maiz, y haciendo de él un torta la puso á cocer sobre la ceniza: apénas se puso dorada con el fuego, nos la presentó

caliente con crema de nuez en un plato de acebuche.

Habiéndose serenado la noche, nos propuso el siervo del grande Espíritu fuésemos á sentarnos á la punta de una peña que estaba á la entrada de su cueva: le seguimos á este sitio que dominaba una inmensa vista sobre el desierto. Las reliquias de la tempestad se habian dirigido desordenadamente ácia el oriente: los fuegos del incendio que en los bosques habia ocasionado el rayo, brillaban aún á lo léjos: habia al pie de la montaña un pino arrancado: estaban mezclados los rios, empapada la tierra, derribados los troncos de los árboles, y muertos los animales y peces, cuyo plateado vientre flotaba sobre la superficie de las ondas.

Miéntras mirábamos esta triste escena, contó Atala nuestra historia al viejo genio de la montaña, cuyo corazon

quedó tan conmovido que vertia lágrimas sobre su barba. Hija mia, dijo á Atala, es preciso ofrecer á Dios vuestros trabajos, por cuya gloria habeis hecho ya tantas cosas: él os dará la tranquilidad. Bien veis como humean estos bosques, se secan estos torrentes, y se disipan las nubes. ¿Creeis por ventura que el que puede calmar una tempestad como esta, no podrá tambien aquietar las turbaciones del corazon humano? En el caso de que no tengais un cómodo albergue, yo os ofrezco, querida hija mia, una cabaña entre el rebaño que tengo el honor de conducir á Jesucristo: instruiré á Chactas, y os lo daré por esposo cuando sea digno de serlo.

«A estas palabras me eché á los pies del solitario vertiendo lágrimas de alegría; pero Atala quedó pálida como la muerte. Me levantó el viejo con be-

niguidad, y entónces ví que tenia mutiladas ámbas manos. Comprendió de repente Atala sus desgracias, y dijo: ¡Los bárbaros, los bárbaros han sido!"=

Hija mia, la contestó el padre con una dulce sonrisa, ¿qué comparacion tiene este con lo que ha sufrido mi soberano Maestro? Si los indios idólatras me han maltratado, es porque son unos pobres ciegos, á quienes Dios alumbrará algun dia: los amo otro tanto mas, cuanto mas es el daño que me han hecho; y es digno de admiracion el ver que habiendo vuelto á mi patria, no he podido quedarme en ella, sin embargo de que una ilustre reina queria detenerme para contemplar estas pocas señales de mi apostolado. Pero ¿qué recompensa mas gloriosa podia yo recibir de mis trabajos, que haber conseguido de la cabeza de nuestra religion el permiso de celebrar el divino

sacrificio con estas manos mutiladas? Despues de un honor tan grande nada mas me faltaba que hacerme digno de él; he vuelto á estos desiertos con ánimo de acabar en ellos el resto de mi vida en servicio de mi Dios. Ván á cumplirse treinta años que habito esta soledad, y cumplirán mañana veinte y dos que estoy en esta peña. Cuando llegué á estos parages no encontré en ellos sino unas familias vagamundas, de costumbres feroces, y de una vida muy miserable: les hice oir la palabra de paz, y sus costumbres se fuéron suavizando poco á poco. Viven al presente juntos en una corta sociedad cristiana á la falda de esta montaña. Al mismo tiempo que les instruía en el camino de la salvacion procuré enseñarles las primeras artes de la vida, sin llevarlos muy léjos, y reteniendo á esta gente honrada en aquella sencillez

que constituye la felicidad. Por lo que á mí toca, temiendo incomodarlos con mi presencia, me retiré á esta gruta donde vienen á consultarme. En este sitio retirado de los hombres, admiro á Dios en la grandeza de las soledades, y me dispongo para la muerte que me anuncian mis largos dias."

«Al acabar estas palabras se puso de rodillas el solitario, y nosotros imitamos su egemplo: comenzó en alta voz una oracion, á la cual respondia Atala. Unos relámpagos mudos abrian todavía los cielos ácia el oriente, y brillaban á un mismo tiempo tres soles sobre las nubes del poniente. Algunos zorros dispersos por la tempestad sacaban sus negros hocicos por el borde de los precipicios, y se oía el ruido de las plantas, que enjugándose con la brisa de la tarde, levantaban por todas partes sus abatidos tallos.

«Entramos otra vez en la cueva, donde el ermitaño dispuso para Atala una cama de musgo de ciprés. Se notaba en sus ojos una profunda languidez, y en medio de sus repetidos movimientos miraba al Padre Aubry, como si tuviese que comunicarle algun secreto, bien que parecia detenerla alguna cosa, ya fuese mi presencia, ya una especie de vergüenza, ó ya tal vez la inutilidad de confesarlo. Á media noche sentí que se levantó en busca del solitario; pero como éste la habia cedido su cama, se habia ido á contemplar la hermosura de la noche y orar sobre la cumbre de la montaña. Me dijo al dia siguiente que acostumbraba hacer esto aun en tiempo de invierno; porque se complacia mirando el balanceo de las despojadas cumbres de los árboles; el vuelo de las nubes por los cielos; el zumbido de los aires,

y el ruido de los torrentes en la soledad. Tuvo que volverse á su cama mi hermana, y se quedó dormida. Pero ¡ay de mí! Lleno de esperanzas no percibia en la debilidad de Atala sino unas señales pasageras de cansancio."

"A la mañana siguiente me despertáron los cánticos de los cardenales y de los pájaros burlones, que anidaban en las acacias y laureles plantados al rededor de la gruta. Fuí á coger una rosa magnolia mojada con las lágrimas de la mañana, y la puse en la cabeza de Atala que estaba dormida, esperando yo, segun la religion de mi pais, que bajase el alma de algun niño de pecho á esta flor en una gota de rocío, y entrase por un dichoso sueño en el seno de mi futura esposa. Despues busqué á mi huésped, á quien hallé con su ropa recogida hasta la cintura, con el rosario en la mano, y aguardándo-

me sentado en el tronco de un pino, que se habia caido de viejo. Me propuso fuese con él á la mision, miéntras que descansaba Atala; acepté su oferta y nos pusimos en camino.

«Al bajar la montaña ví unas encinas donde pensé que los genios habian grabado caractéres estraños. El ermitaño me dijo que los habia hecho él mismo, y que eran los versos de un antiguo poeta llamado Homero; y asímismo algunas sentencias de otro poeta mucho mas antiguo llamado Salomon. Parecia que se notaba en todo una antigua y misteriosa armonía entre la sabiduría de los tiempos, los versos gastados con el musgo, el solitario que los habia grabado, y las encinas viejas que en lo profundo del desierto le servian de libros.

«Su nombre, su edad, y la fecha de su mision estaban tambien señala-

dos sobre una caña de la sábana que estaba al pie de estos árboles. Estrañé los hubiese grabado en un monumento tan frágil. Durará mas que yo, me respondió el Padre, y tendrá siempre mas estimacion que el poco bien que yo hice."

"Fuimos desde allí á una garganta del valle donde ví una obra maravillosa: era un puente natural como el de la Virgínia, del que acaso habreis oido hablar. Los hombres, hijo mio, dijo el solitario, y sobre todo los de tu pais, imitan con frecuencia á la naturaleza, pero sus copias son siempre defectuosas. No la sucede á ella lo mismo cuando quiere imitar las obras de los hombres: entónces sabe echar puentes desde la cima de una montaña á la cumbre de otra; colgar caminos en las nubes; vaciar rios en canales; esculpir montes por columnas, y por es-

tanques la cavidad de los mares.

«Pasamos por bajo del único arco de este puente, y nos hallamos metidos dentro de otra obra maravillosa: íbamos de un encanto á otro. Este era el cimenterio de los indios de la mision, ó los *bosquecillos de la muerte*. Habia permitido el ermitaño que los indios enterrasen sus muertos segun su estilo, y solamente habia santificado este sitio con una cruz(1). Estaba dividido aquel terreno, y el campo comun de las cosechas, en tantas porciones como habia de familias. Se componia cada porcion de un bosque pequeño, que variaba segun el gusto é ideas de los que lo habian plantado. Serpenteaba por medio de ellos un apacible

(1) Sin duda el padre Aubry habia imitado á los Jesuitas de la China, que permitian á los chinos enterrar á sus parientes en sus jardines, segun su antigua costumbre.

arroyuelo á quien llamaban el *arroyo de la paz.* Este risueño asilo de las almas llegaba por el oriente hasta el puente, bajo el cual habíamos pasado; por el septentrion y medio dia á unos cerrillos; y solamente tenia entrada por el occidente, donde habia un bosque grande de pinos, cuyos troncos matizados de rojo y verde, parecian unas altas columnas, y formaban un magnífico peristilo en aquel hermoso templo de la muerte. Reinaba en este bosque un ruido solemne parecido al que forma el órgano en las bóvedas de una iglesia cristiana; pero cuando se llegaba al fondo del santuario no se oían mas que los himnos de las aves que al parecer celebran una fiesta eterna en memoria de los difuntos.

Al salir de este bosque descubrimos el pueblo de la mision, situado á la orilla de un lago sembrado de flores.

Se llegaba á ella por una calle de magnolías y encinas verdes que guarnecen uno de los antiguos caminos de aquella soledad. Luego que los indios vieron en la llanura á su anciano pastor dejaron sus trabajos y corrieron delante de él. Besaban los unos respetuosamente su ropa; ayudaban otros sus trémulos pasos, y levantaban las madres en sus brazos á sus tiernos hijos para que viesen al hombre de Jesucristo, que derramaba sobre ellos lágrimas paternales. Se informaba al paso de lo que ocurría en el pueblo, aconsejando á unos y reprendiendo con dulzura á otros; hablaba de la recoleccion de las cosechas, de la instruccion de los niños; del alivio de las penas; mezclando á Dios en todos sus discursos.

«Escoltados de este modo llegamos al pie de una grande cruz, que estaba

sobre el camino. Aquí era donde el siervo de Dios acostumbraba celebrar los misterios de su religion. Mis queridos neófitos, dijo, volviéndose al pueblo, os ha llegado un hermano y una hermana, y para colmo de la felicidad veo que la divina providencia libertó ayer vuestros sembrados: ved aquí dos motivos muy poderosos para darle gracias: ofrezcámosle el divino sacrificio asistiendo todos á él con un recogimiento profundo, una fe viva, un reconocimiento sin límites, y un corazon humilde.

«Al instante se revistió este divino sacerdote de una túnica blanca de corteza de morales, que habia traido consigo: sacó los vasos sagrados de un tabernáculo que estaba al pie de la cruz; preparó el altar sobre un pedazo de peña; trageron agua de un arroyo inmediato, y se sacó vino para el sacri-

ficio. Todos nos pusimos de rodillas en la alta yerba, y comenzó el misterio en medio del desierto.

«La aurora que se descubria detras de las montañas inflamaba el vasto oriente. Todo parecia de oro ó de rosa en la soledad. Salió en fin del abismo de la luz el astro anunciado por tanto esplendor, hallando su primer rayo la hostia consagrada, que en aquel mismo momento elevaba por los aires el sacerdote. ¡Oh encanto de la religion! ¡Oh magnificencia del culto cristiano! ¡Un viejo ermitaño por sacrificador; una peña por altar; un desierto por iglesia, y unos inocentes salvages por asistentes! No dudo que se cumpliese el grande misterio en el momento en que inclinamos nuestro rostro sobre la tierra y que descendiese Dios sobre todos los bosques así como le sentí bajar sobre mi corazon.

«Despues del sacrificio, en el que nada eché de menos sino á la hija de Lopez, nos volvimos á la poblacion, donde admiré de nuevo los milagros de la religion. Reinaba allí la mas preciosa mezcla de la vida social y de la naturaleza; junto á un bosquecillo de cipreses del antiguo desierto se veía una nueva labranza, cuyas doradas espigas ondeaban sobre los troncos de encinas caidas, reemplazando los manojos de mieses á los árboles de tres siglos. Por todas partes se veían humear los bosques entregados á las llamas, y correr lentamente el arado entre los escombros de sus raices. Unos agrimensores iban midiendo el desierto con largos cordeles, y jueces árbitros señalaban las primeras propiedades. El ave cedia su nido, y la guarida de la bestia feroz se convertia en cabaña. Oíanse retumbar las fraguas, y los golpes

del hacha hacian por la última vez resonar los ecos, que iban á espirar con los árboles que le servian de asilo.

«Vagueaba yo embelesado por medio de estos cuadros, que se me hacian mas dulces por la memoria de Atala, y por los sueños de felicidad en que mecia todo mi corazon. Admiraba el triunfo del cristianismo sobre la vida salvage; veía civilizarse el hombre á la sola voz de la religion, y asistía á sus primitivas bodas y de la tierra. Aquel, por este gran contrato, cedia á la tierra la herencia de sus sudores; y esta en recompensa se obligaba á darle fielmente las cosechas, alimentar sus hijos, y recoger sus cenizas y las del hombre.

«A este tiempo llegaron con un niño al misionero, que lo bautizó entre unos jazmines floridos que estaban á la orilla de un manantial, al mismo tiem-

po que en medio de los juegos y trabajos se presentaba un féretro en los bosquecillos de la muerte. Dos esposos recibiéron bajo una encina la bendicion nupcial, y fuimos á colocarlos en un rincon de la soledad. Iba delante de todos el pastor echando bendiciones por todas partes sobre las peñas, árboles y fuentes, al modo que en otros tiempos, segun el libro de los cristianos, bendijo Dios la tierra inculta dándola en herencia á Adan. Esta corta procesion, que mezclada con sus rebaños seguia de peña en peña á su venerable gefe, representaba á mi enternecido corazon aquellas antiguas celebraciones de las primitivas familias de los hombres, cuando Sem atravesaba con sus hijos el mundo desierto, siguiendo al sol que caminaba delante de él.

»Pregunté al santo ermitaño ¿cómo gobernaba sus hijos? y me respondió

con suma complacencia: no les he dado ley alguna: solo les enseño á amarse recíprocamente, orar á Dios, y esperar una vida mejor, pues en solo esto se encierran todas las leyes del mundo. Allí veis una cabaña mas grande que las otras en medio de la poblacion, y sirve de capilla cuando llueve. En ella se junta por mañana y tarde el pueblo para alabar al Señor, y cuando estoy ausente me substituye un anciano, porque la vegez, y la maternidad son una especie de sacerdocio de la naturaleza. Se van despues á trabajar al campo, en el cual aunque esten divididas las propiedades con el fin de aprender la economía social, se depositan las cosechas en graneros comunes para mantener la caridad fraternal. Cuatro ancianos son los que distribuyen con igualdad el producto del trabajo. Añadíd á esto las ceremonias religiosas, los

cánticos, la cruz donde celebro los misterios, el olmo bajo el cual predico cuando hace buen tiempo, nuestros sepulcros inmediatos á las tierras de labor, nuestros rios donde bautizo los niños, y el san Juan del desierto, y tendreis alguna idea del reino de Jesucristo.

«Me embelesáron las palabras del solitario, y conocí cuan superior era esta vida estable, moral y laboriosa á la vida errante, inútil y ociosa del salvage.

«¡Ah! René, no murmuro contra la Providencia, pero confieso que jamas puedo acordarme de esta sociedad evangélica sin esperimentar toda la amargura de las aflicciones. ¡Cuán feliz hubiera hecho mi vida una cabaña construida en estas orillas en compañía de Atala! ¡En ella darian fin todas mis correrías; allí acompañado de mi adorada esposa; desconocido de los

hombres, y ocultando mi dicha en el fondo de los bosques, pasaria como los rios que no tienen nombre en el desierto! En lugar de aquella paz que osaba entónces prometerme ¿entre cuántas aflicciones he pasado mis dias? Pero hecho juguete de la fortuna; derrotado en todas las orillas; desterrado por mucho tiempo de mi pais, y no encontrando en él á la vuelta mas que una cabaña arruinada y unos amigos olvidados en el sepulcro, debia ser este el destino de Chactas.

## *El Drama.*

« Aunque fué muy vivo el sueño de mi felicidad, fué tambien de corta duracion, porque me dispertó la gruta del solitario. Quedé sorprendido cuando llegando á ella al mediodia, ví no se presentaba Atala á nosotros: no sé

que repentino horror se apoderó de mí; sentí despedazarse mi corazon, y me pareció que los laureles murmuraban tristemente sobre la montaña. Cuando llegué á la gruta, no me atrevia á llamar á la hija de Lopez: se espantaba igualmente mi imaginacion con la voz, como con el silencio, que sucedian á mis gritos. Pero mas sobresaltado aún con la noche que reinaba á la entrada de la peña, dige al misionero: vos, á quien el cielo acompaña y fortalece ¡penetrad esas sombras y restituidme á mi querida Atala!.....

«¡Cuán débil es aquel á quien dominan las pasiones! ¡Cuán fuerte el que descansa en Dios! Mas valor residia en aquel corazon religioso, abrumado con setenta y dos años, que en toda la juventud de mi pecho. Entró en la gruta este hombre de paz, y yo me quedé fuera lleno de terror; pero oyendo sa-

lir al instante del fondo de la peña un murmullo sordo mezclado de llantos, dí un grito, y recobrando todas mis fuerzas me abalancé á la noche de la caberna...... ¡Espíritus de mis padres! ¡solo vosotros sabeis el espectáculo que enterneció mis ojos!

«Habia encendido el solitario una tea de pino que tenia en su trémula mano sobre la cama de Atala: esta hermosa y jóven muger, medio levantada y apoyada sobre el codo, estaba pálida y desmelenada: brillaban sobre su frente unas gotas de sudor mortal, sus miradas tristes querian manifestarme su amor, y su boca procuraba sonreirse. Herido yo como de un rayo, fijos los ojos, estendidos los brazos, y entreabiertos los labios, quedé inmóvil, y reinando entónces por algun tiempo un profundo silencio entre los tres personages de esta dolorosa escena, le

rompió por fin el solitario diciendo: "esto no será tal vez mas que una ca-»lentura ocasionada del cansancio, y »si nos resignamos en la voluntad de »Dios, tendrá compasion de nosotros."

"A estas palabras mi sangre, que estaba detenida, volvió á tomar de nuevo en mi corazon su curso ordinario, y con la inconstancia de salvage, pasé repentinamente desde el miedo á una confianza escesiva; pero Atala no me dejó en este estado mucho tíempo, porque moviendo tristemente la cabeza, nos hizo señal que nos acercásemos á su cama.

"Padre mio, dijo con una voz débil, dirigiéndose al religioso: estoy ya tocando el momento de mi muerte. ¡Oh Chactas! Escucha sin desesperarte el funesto secreto que te he ocultado para no hacerte demasiadamente miserable, y por obedecer á mi madre. Pro-

cura no interrumpirme con muestras de un dolor, que precipitaria los pocos instantes que me quedan de vida. Tengo bastantes cosas que decir; pero no podré darme mucha priesa á causa de los débiles latidos de mi corazon, y de un cierto peso frio que apenas puede sostener mi pecho."

Despues de algunos momentos de silencio, prosiguió Atala diciendo:

"Comenzó mi triste destino aun casi antes de nacer: me habia concebido mi madre en la desgracia; molestaba yo su seno, y me echó al mundo con agudos dolores de sus entrañas: se desconfió de mi vida, y para salvarla, hizo un voto mi madre prometiendo á la reina de los Angeles que la consagraría mi virginidad si recobraba mi salud...... ¡Voto fatal que me precipita al sepulcro!

"Tenia ya diez y seis años cuando

perdí á mi madre, la que pocas horas antes de morir me llamó á la cabecera de su cama, y me dijo á presencia de un misionero que la consolaba en sus últimos instantes: «hija mia, bien sabes el voto que ofrecí por tí. ¿Querrás por ventura dejar mal á tu madre? ¡Oh Atala mia! Te dejo en un mundo que no es digno de poseer una cristiana en medio de unos idólatras, que persiguen al Dios de tu padre y mio, al Dios que despues de haberte dado la vida te la conservó por un milagro.

«Ah! hija mia querida! ¡Acepta el velo de las vírgenes; renuncia los cuidados de las cabañas, y las funestas pasiones que agitaron el seno de tu madre! ¡Ven, pues, querida mia, ven, y jura sobre esta imágen de la madre del Salvador, entre las manos de este santo sacerdote y de tu madre moribunda, que no me desmentirás á la faz del

cielo! ¡Ten presente que me obligué por tí, á fin de salvarte la vida, y que si no cumples mi promesa, no solo serás castigada, sino tu pobre madre, cuya alma sepultarás en tormentos eternos!"

"¡Oh madre mia! ¿por qué hablasteis así? ¡Oh religion santa que ocasionas á un mismo tiempo mis males y mi felicidad! ¡que me pierdes y me consuelas! ¡Y tu, querido y triste objeto de una pasion que me consume hasta en los brazos de la muerte, tú querido Chactas bien ves al presente la causa del rigor de nuestro destino!..... Deshecha en lágrimas, y precipitándome al seno maternal la prometí cuanto exigia de mí. Pronunciando sobre mí el misionero algunas palabras formidables, me dió el escapulario que traigo siempre conmigo. Mi madre me amenazó con su maldicion si quebrantaba el

voto; y despues de haberme encargado un secreto inviolable para con los paganos, perseguidores de mi religion, espiró teniéndome abrazada.

«No conocí por el pronto el peligro de mi juramento. Llena de ardor como verdadera cristiana, y orgullosa con la sangre española que corre por mis venas, no ví por todos lados sino hombres indignos de recibir mi mano, y me complacia en no tener otro esposo que al Dios de mi madre..... Pero te ví, ó jóven y hermoso prisionero, me enterneció tu triste suerte, me atreví á hablarte junto á la hoguera del bosque..... Y entónces fué cuando sentí todo el peso de mis votos."=Al acabar Atala de pronunciar estas palabras, apretando yo los puños, y mirando al misionero con un aire amenazador, le dige, ¿es esta la religion que tanto me habeis ponderado? ¡Perezca el jura-

mento que me quita á Atala! Muera el dios que se opone á la naturaleza! ¡Hombre! ¡Sacerdote! ¿Qué has venido á hacer á estos bosques?.....

¡Salvarte, me dijo el viejo con una voz terrible; domar tus pasiones, é impedirte, blasfemo, que atraigas sobre tí la cólera celestial! Dime, jóven inconsiderado ¿te parece regular quejarte de tus dolores cuando empiezas á vivir? ¿Dónde están las señales de tus trabajos? ¿Dónde están las injusticias que has padecido? ¿Dónde tus virtudes, las cuales solo podian darte algun derecho para quejarte? ¿Qué servicios has hecho? ¿Qué bien has practicado? ¡Ah, desdichado! No me presentas sino pasiones ¿y te atreves á acusar al cielo? Despues que hayas pasado, como el padre Aubry, treinta años en destierro sobre las montañas, no juzgarás así de los designios de la Providencia:

entónces conocerás que nada sabes, que nada eres, y que no hay castigos tan rigurosos, ni males tan terribles, que no merezca sufrir la carne corrompida.

«Los centelleantes ojos del viejo, su barba que le llegaba al pecho, y sus fulminantes palabras le hacian semejante á un Dios. Consternado con la gravedad y magestad que descubria, me eché á sus pies pidiéndole perdon de mi arrebato. Hijo mio, me respondió, con un acento tan dulce que penetró mi alma; hijo mio querido, no es por mí por quien os he reprendido. Ah! teneis mucha razon, mi querido; bien poco es lo que he venido á hacer á estos bosques, y no tiene Dios un siervo mas indigno que yo. Pero, hijo mio, el cielo, el cielo es, al que no debe acusarse jamas. Perdonadme si os he ofendido, pero escuchemos á vuestra her-

mana: tal vez habrá algun remedio, con que, no perdamos las esperanzas.... Chactas! La religion, que hizo de la esperanza una virtud es muy divina.

«Mi jóven amigo, me dijo Atala, testigo has sido de mis combates, y sin embargo no has visto de ellos sino una parte muy pequeña, porque te ocultaba lo demas. ¡El esclavo negro que riega con sus sudores las abrasadas arenas de la Florida, no es tan miserable como lo ha sido Atala! Aconsejándote que huyeses, y cierta sin embargo de que moriría si te alejabas de mí; temiendo huir contigo á los desiertos, y respirando al mismo tiempo á la sombra de los árboles, y llamando á grandes gritos á la soledad...... ¡Ah! si solo se tratára de dejar á mis parientes, amigos, patria y aun (¡cosa espantosa!) si solo se tratára de...... Mas, ¡ó madre mia! ¡Tu sombra, tu sombra misma

estaba siempre á mi lado echándome en cara sus tormentos! ¡Oía tus llantos, y veía abrasarte en las llamas del infierno!..... ¡Mis noches eran penosas y llenas de fantasmas! ¡Mis dias sumamente tristes! ¡El rocío de la noche se secaba al caer sobre mi abrasada cutícula! ¡Abría mis labios para respirar las brisas, y estas en vez de refrescarme se abrasaban con el fuego de mi aliento! ¡Qué tormento el verte continuamente junto á mí, léjos de los hombres, en unas profundas soledades, y sentir en medio de los dos una barrera invencible! ¡Pasar mi vida á tus pies; servirte como esclava, y disponer tu comida y cama en el mas recóndito rincon del mundo, sería para mí la suprema felicidad! ¡Ya tocaba á esta, y no la podía disfrutar! ¡Cuántos designios he premeditado! ¡Cuántos sueños han salido de este corazon tan triste! ¡Fi-

ando algunas veces mis ojos sobre tí en medio del desierto, llegaba hasta formar deseos tan insensatos como culpables! ¡Algunas veces deseaba fuésemos los dos solos los únicos vivientes del mundo! ¡Otras sintiendo que una divinidad me detenia en mis terribles transportes, deseaba verme libre de esta divinidad, aun cuando estrechada entre tus brazos tuviese que rodar de abismo en abismo con la destruccion del mundo! ¿Lo diré? Ahora mismo que va á absorverme la eternidad, y voy á presentarme ante el inexorable juez; en este mismo momento, ¡ay de mí! en este mismo momento en que por obedecer á mi madre veo que mi virginidad me quita la vida, conozco que por una terrible contradiccion".....

«Hija mia, la interrumpió el misionero: os estravía vuestro dolor. No es justa la escesiva pasion á que os entre-

gais; pero es menos culpable á los ojos de Dios, porque es mas bien una ilusion del entendimiento que un vicio del corazon. Es preciso, pues, alejar de vos unos impulsos que no son dignos de vuestra inocencia. Pero tambien, hija mia querida, vuestra impetuosa imaginacion os asustó demasiado acerca de vuestros votos. La religion no exige de nosotros sino sacrificios humanos. Sus sentimientos verdaderos, y sus moderadas virtudes son muy superiores á los sentimientos exaltados, y á las virtudes forzadas de un supuesto heroismo. Si os hubierais rendido, ¡ay pobre oveja descarriada! el buen pastor os hubiera buscado para volveros al rebaño. Teníais abiertos los tesoros del arrepentimiento. Para borrar las culpas delante de los hombres, se necesitan arroyos de sangre; para borrarlas delante de Dios basta una sola lágrima.

Tranquilizaos, pues, querida hija mia, tranquilizaos que vuestra situacion necesita de quietud: dirijámonos á Dios que sabe curar las llagas á sus siervos. Si se dignase, como lo espero, sacaros de esta enfermedad, escribiré al obispo de Quebec, que tiene los poderes necesarios para relajar vuestros votos, como puramente simples, y acabareis vuestros dias junto á mí con vuestro esposo Chactas.

«Al oir estas palabras del viejo, se apoderó de Atala una convulsion general que solo la dejó para dar señales de un agudo dolor. ¿Pues qué; dijo ella juntando sus dos manos con ternura ¿ay para esto algun remedio? ¿Se pueden relajar mis votos? Sí, hija mia, la respondió el padre. Es ya tarde, es ya tarde contestó ella! ¡Moriria sin duda en el momento que supiese podría ser feliz! ¡Qué no hubiera yo conocido

antes á este virtuoso anciano! ¡Qué feliz sería hoy contigo, y con Chactas ya cristiano!....... Consolada, asegurada por este sacerdote augusto...... En este desierto para siempre...... Ah! Esta hubiera sido demasiada felicidad para mí!...... Sosiégate, la dige cogiendo una de sus manos; sosiégate que no tardarémos en disfrutar esta felicidad.... ¡Jamas, jamas respondió Atala!..... ¿Cómo? la repliqué yo. Aun no lo sabes todo, repuso ella. Ayer........ durante la tempestad........ me estrechabas..... tuya es la culpa....... yo iba á violar mis votos...... ya iba á sepultar á mi madre en las llamas del abismo..... ya estaba sobre mí su maldicion........ ya mentía al Dios que me salvó la vida.... cuando besabas mis trémulos labios ¿no sabías....... que no abrazabas sino á la muerte? ¡Oh cielo santo! dijo el misionero. ¿Qué es lo que habeis hecho,

hija mia?...... Cometer un delito, padre mio, respondió Atala con los ojos espantados, pero sola yo me perdí salvando á mi madre!...... Acaba, pues, le dige lleno de espanto, acaba......¡Ay de mí! esclamó ella, que pronosticando mi flaqueza al dejar la cabañas trage conmigo....... ¿Qué es lo que tragiste? la pregunté espantado....... Un veneno...... dijo el padre....... ¡Ya está en mi corazon, replicó Atala."

"Se le cae de la mano la luz al solitario; yo caigo desmayado junto á esta desgraciada; nos estrecha el viejo con sus paternales brazos, y todos tres en tinieblas mezclamos nuestros sollozos sobre esta fúnebre cama.

"¡Levantémonos! ¡Levantémonos! nos dijo al instante encendiendo una luz el valeroso ermitaño. No perdamos unos momentos tan preciosos. Intrépidos cristianos, despreciemos los asaltos

de la adversidad: con una soga al cuello, y cubierta la cabeza de ceniza, arrojémonos á los pies del Altísimo para implorar su clemencia, ó para someternos á sus decretos: tal vez tendremos á un tiempo...... bien pudísteis, hija mia, habérmelo dicho ayer tarde."

«Ah! Padre mio, respondió Atala, os busqué la noche pasada; pero el cielo en castigo de mis culpas os alejó de mí. Cualquier socorro por otra parte hubiera sido inútil; porque sin embargo de que los mismos indios son tan hábiles en los venenos, no conocen remedio para el que tomé." ¡Oh Chactas! ¡Juzga cuál sería mi espanto cuando ví que el efecto no era tan pronto como lo esperaba! ¡Redobló mi amor las fuerzas, y no pudo mi alma separarse tan pronto de tí!

«No fueron solo los sollozos los que

interrumpiéron la relacion de Átala, sino tambien aquellos furores que conocen solo los salvages. Me revolqué furioso sobre la tierra, torciéndome los brazos y mordiéndome las manos. El viejo sacerdote con una maravillosa ternura prodigando mil socorros desde el hermano á la hermana, sin embargo de la calma de su corazon y el peso de sus años, sabia hacerse inteligible á nuestra juventud, y su religion sublime le suministraba acentos mas tiernos y mas ardientes que nuestras mismas pasiones. Este Sacerdote que por espacio de cuarenta años habia estado sacrificando diariamente en las montañas al servicio de Dios y de los hombres, me representaba un grande holocausto, despidiendo un humo perpetuo sobre los altos lugares del Señor.

«Ah! en vano procuró aplicar remedios á los males de Atala. Su fatiga,

su tristeza, el veneno, y una pasion mucho mas mortal que todos los venenos juntos, se reunian para quitar esta flor á la soledad. Manifestáronse por la tarde unos síntomas malignos: se hincháron todos sus miembros, y empezáron á enfriarse las estremidades de su cuerpo: tocando mis dedos me decia, ¿no los sientes helados? Yo no sabia que responderla, y se me herizaban de horror los cabellos. Despues me dijo: Aun ayer, mi querido, tu solo tacto me hacia estremecer; pero ahora ya no siento tu mano........ apénas percibo tu voz, y van desapareciéndose sucesivamente á mi vista todos los objetos de la gruta........ ¿No son pájaros los que cantan? ¿Va á ponerse ahora el sol?... ¡Chactas! ¡Qué hermosos parecerán sus rayos en el desierto sobre mi sepulcro!"

«Conociendo Atala que nos hacian

llorar sus palabras, nos dijo: perdonadme, mis buenos amigos, estoy muy débil; mas puede suceder que me convierta en otra mas fuerte....... No obstante, ¡morir tan jóven!..... tan pronto!...... cuando mi corazon estaba tan lleno de vida!...... Gefe de la patria, ten compasion de mí, sostenme. ¿Crees que esté contenta mi madre, y que me perdone Dios lo que hice?

«Hija mia, la respondió el buen Religioso vertiendo lágrimas que enjugaba con sus trémulas y mutiladas manos: hija mia, todas vuestras desgracias nacen de vuestra ignorancia! vuestra educacion salvage, y la falta de instruccion necesaria, son las causas de vuestra perdicion: ignorábais que una cristiana no podia disponer de su vida. Consolaos, pues, mi oveja querida, consolaos: Dios os perdonará por la sencillez de vuestro corazon. Vuestra ma-

dre, y el imprudente misionero que la dirigia, han sido mas culpables que vos: se escediéron en sus facultades arrancándoos un voto indiscreto; pero sea con ellos la paz del Señor. Todos tres ofreceis un terrible ejemplo de los peligros del entusiasmo, y de la falta de luces en materia de religion. Sosegaos, hija mia; el que sondéa los riñones y los corazones, os juzgará segun vuestras intenciones, si eran puras, y no sobre vuestra accion que es criminal.

«Por lo que toca á vuestra vida, si llega pronto el momento de dormir en el Señor, ah! mi querida hija, ¡cuán poco perdeis perdiendo el mundo! Sin embargo de la soledad en que habeis vivido conocisteis muy bien los disgustos. ¿Qué pensaríais, pues, si hubierais sido testigo de los males de la sociedad, y si, llegando á las costas de Europa, hubieseis oido el continuado

grito del dolor que se levanta en aquella antiquísima tierra? Los habitantes de las cabañas y de los palacios tienen todos que sufrir y gemir en este mundo: tambien se ha visto llorar á las reinas como á unas miserables mugeres, y causa espanto ver la cantidad de lágrimas que encierran los ojos de los monarcas.

«¿Es por ventura vuestro amor el que sentís? En este caso, hija mia, sería tambien preciso llorar un sueño. ¿Conoceis acaso el corazon del hombre, ó podeis contar las inconstancias de sus deseos? Primero calcularíais el número de las ondas que arrolla el mar en una tempestad. Atala! Los sacrificios y los beneficios no son lazos eternos: llegaria tal vez un dia en que el disgusto sucediese á la hartura: se contaria por nada lo pasado, y no se conocerian sino los disgustos de una union

pobre y despreciada. Los mas bellos amores, hija mia, fuéron sin duda alguna los de aquel hombre y muger que saliéron de la mano del Criador. Para ellos se habia formado un paraiso: eran inocentes é inmortales, y como perfectos en alma y cuerpo se convenian en todo. Eva habia sido criada para Adan, y Adan para Eva; y si, no obstante estas prerogativas, no habian sabido conservarse en aquel estado dichoso, ¿qué matrimonios podrán serlo? No os hablaré de los matrimonios de los primeros hijos de éstos; de aquellas uniones inefables, cuando la hermana se casaba con su hermano, cuando el amor y amistad fraternal se confundian en un mismo corazon, y cuando la pureza de uno aumentaba las delicias del otro: todas estas uniones padeciéron sin embargo sus turbaciones: se introdujéron los celos en el altar de céspe-

des, donde se sacrificaba un cabrito: reináron tambien en la tienda de Abrahan y en las mismas camas donde los patriarcas disfrutaban tanta alegría, que olvidaban la muerte de sus madres.

»Os engañaríais, hija mia, si pensaseis ser mas inocente y mas dichosa en vuestros lazos, que las antiguas familias de que Jesucristo se dignó ser descendiente. Omito las circunstancias de los cuidados domésticos, las disputas, los disturbios, las inquietudes y todas las penas secretas que velan en la almoada del tálamo conyugal. La muger se casa llorando, y renueva sus dolores siempre que pare. ¡Cuántos males se esperimentan en la sola pérdida de un recien nacido, si muere sobre el seno de la madre al aplicarle el pecho!....... La montaña estaba llena de gemidos, y nadie podia consolar á Raquel en la pérdida de sus hijos. Estas

amarguras unidas á las ternuras humanas son tan fuertes, que no pocas veces hemos visto señoras muy queridas de reyes que dejáron la córte para sepultarse en unos claustros, y sugetar la carne rebelde, cuyos placeres estan llenos de dolores y sentimientos.

«Pero me direis tal vez que estos últimos ejemplos no os han comprendido, porque toda vuestra ambicion se ha reducido á vivir en una obscura cabaña con el hombre de vuestra eleccion: que no buscais tanto las dulzuras de himeneo, cuanto los encantos de aquella locura que la juventud llama amor. ¡Ilusion, quimera, vanidad, y sueño de una imaginacion viciada! Yo mismo, hija mia, yo mismo conocí tambien las borrascas del corazon; esta cabeza no estuvo siempre calva, ni este pecho tan tranquilo como os lo parece hoy. Dad crédito á mi esperien-

cia: si el hombre constante en sus afectos pudiera conservar un sentimiento perpetuo, sin duda alguna la soledad y el amor igualarian al mismo Dios; pues son estos los dos eternos placeres del gran Sér. Pero el alma del hombre se cansa, y no ama jamas por mucho tiempo un mismo objeto con plenitud. Hay ademas algunos puntos donde no se unen dos corazones, y estos puntos son suficientes para hacer la vida insoportable.

«Finalmente, querida mia, el mayor engaño de los hombres en el sueño de su felicidad es olvidar esta enfermedad de la muerte, que está unida á su naturaleza; es preciso morir; es preciso disolverse. Tarde ó temprano, sea cual fuere vuestra felicidad, ese hermoso rostro habia de tomar aquella figura uniforme que dá el sepulcro á la familia de Adan: el mismo ojo de Chactas

no os conoceria entre vuestras compañeras de tumba. El amor no estiende su imperio sobre los gusanos del féretro. Pero ¿qué digo? (¡Oh vanidad de vanidades!) ¡Qué hablo yo del poder de las amistades de la tierra! ¿Quereis conocer su estension? Si volviera un hombre á este mundo despues de algunos años de muerto, dudo lo volviesen á mirar con alegría aquellos mismos que mas lloráron su muerte. ¡Tan en breve se forman otros lazos! ¡Tan facilmente se adquieren otras costumbres! ¡Tan natural es al hombre la inconstancia! ¡Tan poco interesa nuestra vida al corazon de nuestros amigos!

«Dad pues las gracias, hija mia, á la bondad divina porque os saca tan pronto de este valle de miserias. Ya os está preparado sobre las nubes el vestido blanco, y la resplandeciente corona de las vírgenes: ya estoy oyendo á la

Reina de los Angeles que os dice: *Ven, mi digna sierva, ven paloma mia, ven á sentarte sobre un trono de candor entre todas las vírgenes que sacrificaron su hermosura y juventud al servicio de la humanidad, á la educacion de los hijos, y al ejercicio de la penitencia: Ven, rosa mística, á descansar sobre el seno de Jesucristo: ese féretro, que es la cama nupcial que habeis escogido, no será engañado por vuestro celestial esposo, y jamas tendrán fin sus abrazos.*

«Así como abate los vientos el último rayo del dia, y esparce la calma por el hermoso cielo; del mismo modo la apacible palabra del viejo calmó las pasiones sublevadas en el seno de mi amante. No pensaba al parecer sino en mi dolor, y en los medios de hacerme soportar su pérdida. Unas veces me decia que moriria dichosa, si la prometia

enjugar mis lágrimas: otras me hablaba de mi madre y de mi patria; y procurando de este modo distraerme del dolor presente, me renovaba otro pasado. Me exhortaba á la paciencia y á la virtud. «No serás siempre desgraciado, »me decia, si te prueba hoy el cielo, »es solamente para hacerte mas compasivo de los males agenos. El cora»zon, ó Chactas, es como aquellos ár»boles que no dan su bálsamo para las »heridas de los hombres, sino cuando »sufren la incision del hierro."

«Despues de haberme hablado así, se encaraba al misionero, esperando de su boca aquel mismo alivio que ella me hacia esperimentar; y ya consoladora, ya consolada, daba y recibia la palabra de vida sobre la cama de la muerte.

«El celo del ermitaño se aumentaba continuamente. Todos sus huesos parecian reanimados por el fuego de la

caridad: al mismo tiempo que preparaba remedios, encendia la lumbre y refrescaba la cama, hacia admirables discursos acerca de Dios y de la felicidad de los justos. Con el farol de la religion en la mano parecia ir delante de Atala al sepulcro para mostrarla en él los secretos maravillosos. Toda aquella humilde gruta estaba llena de la grandeza de esta muerte cristiana, y los espíritus celestiales estaban atentos sin duda á esta escena, donde solo la religion luchaba contra el amor, contra la juventud y contra la muerte.

Triunfaba esta religion divina, cuya victoria se conocia por una santa tristeza que sucedia en nuestros corazones á los primeros transportes de las pasiones. Como á media noche parecia se hallaba Atala con mas ánimos para repetir algunas oraciones que pronunciaba el religioso al lado de su cama.

Poco tiempo despues me alargó la mano, y con una voz que apénas se percibia me dijo: «Hijo de Outalissi ¿te »acuerdas de aquella primera noche »que me tuviste por la vírgen de los »últimos amores? ¡O presagio singu»lar de nuestro destino!" = Detúvose un poco, y siguió despues diciéndome: «Cuando pienso que voy á dejarte pa»ra siempre, hace mi corazon un es»fuerzo tan grande para vivir, que »me siento casi en disposicion de ha»cerme inmortal á fuerza de amar. Pe»ro, ¡ó Dios mio! hágase vuestra vo»luntad!" Calló Atala por algunos instantes, y prosiguió despues en estos términos: «Solo me falta pediros per»don de los males que os he ocasiona»do: os he atormentado con mi orgu»llo y mis caprichos. Chactas, un po»co de tierra que eches sobre mi cuer»po, va á poner un mundo entero en-

„tre los dos, y á libraros para siempre
„del peso de mis desgracias."

«Perdonaros yo? la respondí anegado en lágrimas, ¿no soy yo el que
„os acarreé tantas desdichas? Amigo
„mio, me replicó ella interrumpiéndo-
„me, me habeis hecho tan feliz, que
„si tuviera que comenzar de nuevo la
„vida, preferiria siempre la satisfac-
„cion de haberos amado por algunos
„instantes en un desgraciado destier-
„ro, á toda una vida de descanso en
„mi patria."

«Estinguióse aquí la voz de Atala: esparciéronse por sus ojos y boca las sombras de la muerte: sus dedos errantes andaban como palpando alguna cosa: conversaba en voz baja con los espíritus invisibles; y haciendo un esfuerzo procuró, aunque en vano, desatar de su cuello el pequeño crucifijo: mandóme á mí que lo desatase, y me dijo:

«La primera vez que te hablé junto
»á la hoguera, viste á su luz brillar
»esta cruz sobre mi seno: esta es la
»única alaja que tiene Atala. Lopez,
»tu padre y mio, la envió á mi madre
»cuando yo nací. ¡Recibe, pues, de
»mí esta herencia, ó hermano mio, y
»consérvala en memoria de mis des-
»gracias! En los disgustos de tu vida
»podrás recurrir á este Dios de los
»desgraciados, y derramarás tal vez
»alguna lágrima por tu amante; pero
»tengo, Chactas, otra súplica que ha-
»certe, y será la última: Amigo mio,
»nuestra union sobre la tierra no po-
»dia ser sino muy corta; pero hay des-
»pues de esta vida otra mucho mas
»larga. ¡Qué terrible cosa sería verme
»separada de tí para siempre! Hoy no
»hago mas que ir delante de tí para
»aguardarte en el reino celestial. Si
»me has amado, jóven idólatra, haz

»que te instruyan en la religion cris-
»tiana que prepara nuestra union eter-
»na, y obra á tu presencia un grande
»milagro haciéndome capaz de dejarte
»sin morir en las congojas de la deses-
»peracion. Yo, Chactas, me contento
»solamente con una simple promesa,
»porque sé muy bien lo que cuesta un
»juramento para exigirlo de tí. Tal
»vez este voto te separaria de alguna
»muger mas dichosa que yo....... Pero
»¿te amaría tanto como Atala? ¡Oh
»madre mia! perdona á tu hija este
»estravío! ¡Oh Vírgen santa, de-
»tened vuestra cólera! ¡Dios mio! yo
»vuelvo á caer en mis flaquezas, y os
»robo unos pensamientos que solo de-
»beria emplear en vos!"

«Penetrado de dolor, y sollozando de modo que parecia romperse mi pecho, prometí á Atala abrazar la religion cristiana. A este tiempo se levan-

tó el solitario con un aire inesperado, y estendiendo sus brazos ácia la bóveda de la gruta, dijo: «Ya es tiempo de invocar aquí el nombre de »Dios."

«Apénas habia pronunciado estas palabras cuando una fuerza sobrenatural me obligó á ponerme de rodillas, é inclinar la cabeza al pie de la cama de Atala. Abre el sacerdote un cajon secreto, donde estaba metida una urna de oro cubierta con un velo de seda: se postra, y la adora profundamente: iluminóse de repente la gruta: oyéronse por los aires las palabras de los ángeles, y los sonidos de las harpas celestiales; y cuando el solitario sacó de su tabernáculo el vaso sagrado, creí ver salir al mismo Dios del lado de la montaña.

«Abrió el cáliz el sacerdote, tomó entre sus dedos una hostia tan blanca

como la nieve, y se acercó á Atala pronunciando palabras misteriosas. Tenia esta santa muger levantados los ojos al cielo como en éstasis: parecia que habia calmado todos sus dolores, y recobró la vida su boca: se abriéron sus lábios acercándose con respeto á recibir el Dios que estaba oculto bajo aquel pan místico. Mojó despues este divino viejo un poco de algodon en un aceite consagrado, y ungió con él las mejillas de Atala: miró por un momento á esta hija moribunda, y pronunció de repente estas rigurosas palabras: "¡*Sal,*
"*alma cristiana, sal, y vé á unirte con*
"*tu Criador!*" Levantando yo entónces mi cabeza abatida, dige mirando al vaso donde estaba el óleo santo: *Padre mio, ¿dará este remedio la vida á Atala?* = Sí hijo mio, respondió el anciano cayéndose como desmayado en mis brazos, *la vida eterna*! Acababa de

espirar Atala.

«Al llegar aquí se vió Chactas precisado por segunda vez á interrumpir su relacion. Estaba inundado en lágrimas, y su voz no le permitia pronunciar mas que algunas palabras que se le ahogaban en la garganta. Abrió su seno el ciego sachem, sacó de él el crucifijo de Atala, y dijo: «¡Esta es la »prenda de la adversidad! ¡Oh René! »¡Oh hijo mio, tú le ves, pero yo no! »Dime, ¿no ha padecido alguna alte»racion el oro despues de tantos años? »¿No percibes en él alguna señal de »mis lágrimas? ¿No reconoces el sitio »que tocó con sus lábios aquella santa »muger? ¿Por qué no es ya cristiano »Chactas? ¿Qué frívolas razones polí»ticas ó patrídicas le han detenido has»ta ahora en los errores de sus padres? »No, no quiero dilatarlo mas: ya me »está gritando la tierra...... ¿Aguardas

»acaso á bajar al sepulcro para abra»zar una religion divina?..... ¡Oh tier»ra! ¡No me aguardarás ya mucho »tiempo! ¡Luego que un Sacerdote »remoce en el agua esta cabeza enca»necida con las pesadumbres, espero »reunirme á Atala! Pero.... acabemos »de contar lo que falta de mi historia."

## *Los funerales.*

"No me detendré, ó René, en pintarte la desesperacion que se apoderó de mi alma cuando dió Atala el último aliento. Necesitaria para ello mas calor del que tengo, y sería necesario que mis ojos cerrados se pudiesen abrir al sol para pedirle cuenta de las lágrimas que derramaron á su luz. Sí, primero se cansará de alumbrar las soledades del Kentucky esa luna que brilla ahora sobre nuestras cabezas, y sus-

penderá la corriente de sus ondas el rio que conduce ahora nuestras piraguas, que deje yo de verter lágrimas por Atala. Por espacio de dos dias enteros quedé insensible á los discursos del ermitaño. Para calmar mis penas aquel escelente hombre no se valia de las vanas razones de la tierra: solo se contentaba con decirme estrechándome entre sus brazos: *Hijo mio, esta es la voluntad de Dios.* No hubiera creído jamas, á no haberlo esperimentado por mí mismo, se encerrase tanto consuelo en estas pocas palabras del cristiano resignado.

«La ternura, la uncion, y la inalterable paciencia del antiguo siervo del Altísimo, venciéron por fin la obstinacion de mi dolor. Yo mismo me avergoncé de las lágrimas que le hacia derramar: «Padre mio, le dije, ya es por »demas; no es razon que perturben la

»paz de vuestros dias las pasiones de »un hombre jóven. Dejadme llevar los »restos de mi amante; los sepultaré en »un rincon del desierto, y, si todavía »quedo condenado á vivir, procuraré »hacerme digno de aquellas bodas eter»nas que Atala me ha prometido."

«A esta tan inesperada vuelta de valor, se sobresaltó de gozo el buen padre, y esclamó; «¡Oh sangre de Jesu»cristo! ¡Sangre de mi divino Maes»tro! ¡En ella reconozco tus méritos! »Espero confiado que salvarás á este »jóven. Dios mio! acaba tu obra: res»tituye la paz á esta alma atribulada, »y no dejes de sus desgracias mas que »los últimos y humildes recuerdos!"

«Este hombre justo no quiso entregarme el cuerpo de mi amante, á pretesto de que vendria la mision y enterraríamos á la hija de Lopez con toda la pompa cristiana. Yo me opuse á ello

diciéndole: "Que las desgracias y vir-
"tudes de Atala habian sido descono-
"cidas de los hombres, y de consi-
"guiente su tumba, cavada furtivamen-
"te con sus manos y las mias, debia
"ocultarse en aquella obscuridad.." Nos convenimos, pues, en ir á la mañana siguiente á enterrar á Atala bajo el arco del puente natural, á la entrada de los bosquecillos de la muerte, é igualmente nos resolvimos á pasar la noche en oracion junto al cuerpo de tan santa muger.

"Por la tarde transportamos sus preciosos restos á una abertura de la gruta que miraba al norte: los habia envuelto el ermitaño en una pieza de lienzo de Europa que habia hilado su madre, y era la única alaja que le habia quedado de su antigua patria: ya hacia mucho tiempo que la tenia destinada para su mortaja. Atala estaba colocada

sobre unas matas de sensitivas silvestres: sus pies, cabeza, espaldas y una parte de su seno estaban descubiertos: se veía en sus cabellos una flor de magnolia ya marchita....... ¡la misma que yo habia puesto sobre la cama de esta vírgen para hacerla fecunda! Sus lábios, como un boton de rosa cogido dos dias ántes, parecian lánguidos y risueños: en sus mejillas blancas se distinguian algunas venas azules: estaban cerrados sus hermosos ojos: juntos sus pies modestos, y sus manos de alabastro apretaban sobre su corazon un crucifijo de ébano: púsosele al cuello el escapulario de sus votos: parecia que la habian encantado el ángel de la melancolía, el sueño de la inocencia y la tumba. No he visto nunca una cosa mas celestial: cualquiera que no supiese que habia tenido vida esta vestal, la tendria por la estátua de la virgi-

nidad dormida.

«El religioso no cesó de orar toda la noche, y yo estaba sentado silenciosamente á la cabecera de la fúnebre cama de mi querida Atala. ¡Cuántas veces, cuando ella dormia, tenia sobre mis rodillas su encantadora cabeza! ¡Cuántas me incliné sobre ella para percibir y respirar su aliento! Pero á la sazon no salia ruido alguno de su inmóvil seno, y en vano aguardaba yo que despertase la hermosura.

«Alumbraba la luna en esta noche fúnebre con una luz opáca, y se presentó en medio de las tinieblas como una blanca vestal que venia á llorar sobre el féretro de una compañera suya. Al instante esparció por los bosques aquel gran secreto de melancolía, que solo gusta descubrir á las viejas encinas, y á las antiguas orillas de los mares. De tiempo en tiempo metia el reli-

gioso un ramo florido en agua bendita, y sacudiendo despues el ramo perfumaba la noche con bálsamos del cielo. Otras veces repetia con tono anticuado algunos versos de un anciano poeta llamado Job, y decia:

«Pasé como una flor; me sequé co-
»mo la yerba de los campos. ¿Por qué
»se ha dado la luz á un miserable, y
»la vida á los que están en la amargu-
»ra del corazon?"

«Así cantaba aquel hombre, venerable anciano. Su voz grave y poco armoniosa corria al silencio de los desiertos. El nombre de Dios y del sepulcro salia de todos los ecos, de todos los torrentes, y de todas las selvas. Los arrullos de la paloma de Virgínia; la caida de un arroyo en la montaña, y el sonido de la campanilla que llamaba á los viageros, se mezclaban de tal modo con estos cánticos fúnebres, que pare-

cia se oía en los bosquecillos el coro de los difuntos que respondia á la voz del solitario.

«A este tiempo se dejó ver una faja dorada que se formó en el oriente. Estaban sobre las peñas los gavilanes, y se metian las martas en los troncos huecos de los árboles: esta era la señal del comboy de Atala. Eché sobre mis hombros su cuerpo, é iba delante el ermitaño con un azadon en la mano. Comenzamos á bajar de peña en peña: la vegez y la muerte debilitaban igualmente nuestros pasos.

«Al ver al perro que nos habia hallado en el bosque, y que dando brincos de alegría nos enseñaba otro camino, empecé de nuevo á llorar. Unas veces los largos cabellos de Atala, juguete de las brisas de la mañana, estendian su dorado velo sobre mis ojos: otras fatigado yo con el peso, me veía

precisado á ponerle sobre el musgo, y sentarme para tomar aliento. Llegamos finalmente debajo del arco del puente, que era el sitio que habia señalado mi dolor. ¡Oh hijo mio!....... Tiernísimo espectáculo era ver á un jóven salvage, y á un cristiano y viejo ermitaño puestos de rodillas, uno frente de otro, cavando en un desierto con sus mismas manos un sepulcro para una pobre jóven, cuyo cuerpo estaba allí cerca tendido en la seca madre de un torrente!

«Luego que concluimos nuestra obra depositamos aquella hermosura en su cama de tierra. ¡Ay hijo mio! ¡Cuán diferente era la cama que habia esperado yo prepararla! Tomando entónces en la mano un poco de tierra, y guardando un triste silencio, fijé por última vez mis estraviados ojos sobre la cara de Atala, y eché aquel polvo an-

tiguo sobre la frente de sus diez y ocho primaveras. Ví desaparecer por grados las facciones de mi amante, y ocultarse sus gracias bajo la cortina de la eternidad: su blanco pecho resaltó por algun tiempo sobre la negra tierra, al modo que una blanca flor de lis sale del medio de una obscura arcilla.

«Lopez! dige yo entónces, ¡mira »como tu hijo entierra á su hermana!" Y acabé de cubrir á Atala con la tierra del sueño.

«Nos volvimos á la gruta, y comuniqué al misionero el proyecto que habia formado de quedarme junto á él; pero este santo ermitaño que conocia maravillosamente el corazon del hombre, descubrió mi pensamiento y el ardid de mi dolor. «Chactas, me dijo, »hijo de Outalissi, mientras que vivió »Atala, procuré que vivieseis en estos »desiertos; pero ahora que se ha tro-

»cado vuestra suerte, debeis pensar »en servir á vuestra patria. Creedme, »hijo mio, no son eternos los dolores: »es preciso que tengan fin tarde ó tem»prano, porque no es infinito el cora»zon del hombre, y es una de nues»tras grandes miserias no poder ser »por mucho tiempo desgraciados. Vol»veos al Meschacebe: id á consolar á »vuestro padre, que os está diariamen»te llorando, y necesita de vuestro »apoyo. Haceos instruir en la religion »de vuestra querida Atala, cuando ten»gais proporcion, y acordaos de la »promesa que la hicisteis de ser vir»tuoso y cristiano. Yo, yo mismo ve»laré aquí sobre el sepulcro de vues»tra hermana...... Marchad, hijo mio, »marchad en la inteligencia de que »Dios, el alma de vuestra amante, y »el pensamiento de vuestro decrépito »amigo de la montaña, os seguirán al »desierto.

«Tales fueron las palabras que me dijo el hombre de la peña. Su autoridad era demasiadamente grande, y muy profunda su sabiduría para no obedecerle yo. A la mañana siguiente dejé á mi venerable huésped, que, estrechándome sobre su corazon, me dió sus últimos consejos, su última bendicion, y sus últimas lágrimas. Pasé luego al sepulcro de Atala; pero quedé sorprendido al ver una pequeña cruz que se descubria sobre la muerte, del mismo modo que se percibe el mástil de un navío que naufragó. Me persuadí habria venido por la noche el solitario á orar junto al sepulcro, y esta señal de amistad y religion de parte del viejo me hizo derramar abundantes lágrimas. Estuve tentado por descubrir el sepulcro para ver otra vez á mi amante; pero me contuvo un respeto religioso. Me senté en la tierra reciente-

mente cavada, con el codo apoyado en mis rodillas; y sostenida la cabeza en mi mano, quedé sepultado en el mas amargo sueño. Allí fué, querido René, cuando por primera vez reflecsioné sériamente sobre la vanidad de nuestra vida y de nuestros proyectos. Ah! hijo mio, ¿quién es el que no hace estas reflecsiones? Yo no soy mas que un ciervo viejo, encanizado con los inviernos: mis años compiten con los de la corneja: mas ¡ay de mí! que á pesar de tantos dias acumulados sobre mi cabeza, y á pesar de la esperiencia tan grande de la vida, aun no he encontrado hombre que no hubiese caido en estos sueños de felicidad, ni corazon que no tenga alguna llaga oculta. El mas sereno en apariencia se parece al pozo natural de la sábana Alachua, cuya superficie parece serena y cristalina; pero cuando se mira al fondo de

esta tranquila fuente, se divisa un gran cocodrillo que mantiene el pozo en sus aguas.

«Despues de haber pasado un dia entero en aquel lugar de dolor, dispuse á la mañana siguiente dejar al primer canto del pelícano aquella sepultura sagrada. Salí de allí como del término desde donde queria emprender el camino de la virtud. Por tres veces invoqué el alma de Atala: otras tres respondió á mis gritos el genio del desierto debajo del arco fúnebre: saludé despues al oriente, y descubrí á lo léjos en los senderos de la montaña al ermitaño que se dirigia á la cabaña de algun desgraciado. Puesto yo de rodillas, y abrazando estrechamente la sepultura, la dije: «¡Duerme en paz en esta »tierra estraña, jóven desgraciada! ¡En »recompensa de tu amor, de tu des»tierro, y de tu muerte, vas á quedar

„abandonada hasta del mismo Chactas!" Vertiendo entónces arroyos de lágrimas, me separé de la hija de Lopez, y salí con dolor de estos lugares solitarios, dejando al pie del magestuoso monumento de la naturaleza otro mas augusto, que fué el humilde sepulcro de la virtud.

## *Epílogo.*

« Chactas, hijo de Outalissi, el Natche, contó esta historia al europeo René: los padres se la refiriéron á sus hijos; y yo, lector mio, como viagero en tierras lejanas, te conté fielmente lo que de ella me digéron los indios. En esta narracion he notado mucha cosas, á saber, la pintura del pueblo cazador, y la del pueblo labrador; la religion que es la legisladora del salvage; los peligros de la ignorancia y del entu-

siasmo religioso, opuestos á las luces y al verdadero espíritu del Evangelio; los combates de las pasiones y de las virtudes en un corazon sencillo, y finalmente el triunfo del cristianismo sobre el mas fogoso sentimiento y sobre el mas terrible miedo: el amor y la muerte.

Al referirme esta historia un siminolo, me pareció bastante instructiva y bella, porque pintó en ella la flor del desierto, la gracia de la cabaña, y el dolor de una sencillez tan natural que no puede espresarse. Solo me faltaba una cosa que saber. Pregunté en que habia venido á parar el Padre Aubry, y nadie me pudo dar razon. Lo hubiera ignorado siempre, si la providencia, que todo lo dirige, no me hubiera descubierto lo que deseaba. Ved aquí lo que pasó.

Ya habia corrido yo las orillas del

Meschacebe, que forman al medio de las magníficas barreras de la nueva Francia (deseando ver al norte la catarata de Niagara, que es la otra maravilla de este imperio), y habia llegado cerca de esta caida, que está en el antiguo pais de los agononsionis (1), cuando una mañana al atravesar una llanura, divisé una muger que estaba sentada bajo de un árbol, y tenia sobre sus rodillas un niño muerto. Enternecido con este espectáculo, me acerqué poco á poco á aquella jóven madre, y oí que hablaba de este modo:

«Si te hubieras quedado entre nosotros, hijo mio querido, ¿con qué gracia manejaria el arco tu mano? Con tus nerviosos brazos sugetarias los mas enfurecidos osos, y en la cumbre de la montaña alcanzarias en la carrera al mas ligero gamo. ¡Blanco

(1) Los irroqueses.

„armiño de la peña! ¡Irte tan jóven „al pais de las almas! ¿Cómo te com-„pondrás allá para vivir? ¡No está allí „tu padre para alimentarte con la ca-„za! ¡Tendrás frio, y no hallarás un „espíritu que te provea de pieles para „cubrirte! ¡Ah! Es preciso que me „dé priesa á seguirte para cantarte „canciones, y presentarte mi pecho."

Esta jóven madre, despues de tan fúnebre oracion á estilo de los desiertos, cantó con una voz trémula, meció al niño sobre sus rodillas, mojó sus labios con la leche maternal, y prodigó á la muerte todos los cuidados que se dán á la vida.

Queriendo secar el cuerpo de su hijo sobre las ramas de un árbol, segun costumbre de los indios para llevarlo despues al sepulcro de sus padres, principió al instante la tierna y religiosa ceremonia: desnudó á su hijo, y

respirando algunos instantes sobre su boca, le dijo: "Alma de mi hijo, alma "encantadora, tu padre te crió tiempo "hace por medio de un ósculo sobre "mis labios; y yo, ¡ay de mí! no pue-"do con mis ósculos darte la vida!" Descubrió despues su seno, estrechando tanto sobre él su helado cuerpecillo, que se hubiera reanimado con el fuego del corazon materno, si no se hubiera Dios reservado el soplo que da la vida.

"Levantóse, pues, buscando con la vista en aquel desierto, hermoseado con la aurora, algun árbol en cuyas ramas pudiese poner á su hijo, y escogió un acebuche cubierto de flores rojas y festoneado de guirnaldas de ápio, que exhalaba los mas suaves perfumes: sujetaba con una mano las ramas inferiores, y con la otra ataba á ellas el cuerpo de su hijo: soltando despues la

rama, volvia ésta á su posicion natural, llevando consigo el despojo de la inocencia cubierto con sus fragantes hojas. Oh! ¡Cuán tierna es esta costumbre de los indios! En sus sepulcros aereos, penetrados los cuerpos de una substancia etérea, sepultados en una verde y florida espesura, refrescados con el rocío, embalsamados y mecídos con las brisas sobre la misma rama en que tiene su nido y deja oir su triste melodía el ruiseñor; en fin, espuestos de este modo entre aromas, flores y rosas pierden toda la fealdad del sepulcro. Pero si son los despojos de una jóven, á quien la mano de su amante colgó en el árbol de la muerte, si son los restos de un hijo querido á quien su madre depositó en la morada de las avecillas, entónces se aumenta mas el embeleso. Arbol americano, que sosteniendo cuerpos humanos en tus ramas

jos alejas de la habitacion de los hombres, y los aproximas á la de Dios, ¡quéde yo estático bajo tu sombra! En tu sublime alegoría me muestras al árbol de la virtud: sus raices crecen en el polvo de este mundo: se pierde de vista su cima en las estrellas del firmamento, y sus ramas son los únicos escalones por donde el hombre que camina sobre este globo puede subir desde la tierra al cielo.

Despues de haber puesto la madre á su hijo sobre el árbol, arrancó un rizo de sus cabellos, y lo colgó en las hojas, miéntras que el céfiro de la aurora mecía en su último sueño al que una materna mano habia adormecido á la misma hora en una cuna de musgo. A este mismo tiempo me dirigí ácia la muger: la puse mis dos manos sobre la cabeza, y dí los tres gritos de dolor. Despues sin hablarnos, tomamos cada

uno su ramo, y empezamos á espantar los insectos que murmullaban al rededor del cuerpo del niño; pero tuvimos cuidado de no espantar una paloma, cuyo nido estaba inmediato, y queria quitar al niño un cabello para tener mas mullidos sus pichones. «Paloma mia, la dijo la india, si acaso »no eres el alma de mi hijo, que ha »volado, serás sin duda una madre »que busca materiales para hacer una »cuna. Llévate esos cabellos que no »volveré mas á lavar en el agua de la »fuente: llévatelos para echar sobre »ellos á tus hijos: ¡quiera el grande »espíritu conservártelos!"

Sin embargo, la madre lloraba de alegría al ver la atencion del estrangero: á este tiempo llegó un jóven, que acercándose á nosotros, la dijo: «Hija »de Celuta, recoge nuestro hijo: no »estarémos mucho tiempo aquí: sal-

„dremos mañana al primer sol.=Hermano, le dije entónces, te deseo un „cielo azul, muchas cabras, una capa „de castor, y la esperanza, ¿no eres „por ventura de este desierto? No, me „respondió el jóven: somos unos des„terrados, y vamos á buscar una pa„tria." Al decir esto inclinó el guerrero la cabeza sobre su pecho, y con la punta de su arco doblaba la cabeza de las flores. Conocí que era lastimosa su historia y callé.

Desató la muger á su hijo de las ramas del árbol, y lo dió á su esposo para que lo llevase. Miraban estos jóvenes á su hijo, y se sonreían en medio de sus lágrimas. Entónces les dije yo: "Me permitís que encienda vuestra „lumbre esta noche? No tenemos ca„baña, respondió el guerrero: si que„reis seguirnos, nosotros nos acampa„mos en la orilla de la cascada."=

Convengo en ello, les dije: y marchamos juntos.

No tardamos en llegar á la orilla de la catarata, que se advertia por sus horribles bramidos. Fórmase del río Niagara, que sale del lago Erié, y desagua en el lago Ontario: su altura perpendicular es de ciento cuarenta y cuatro pies. Desde el lago Erié hasta el salto baja rápidamente el rio, pero cuando cae no parece sino un mar, cuyos torrentes se comprimen en la boca de una cueva. La catarata se divide en dos brazos, y se encorva en forma de herradura. Entre las dos caidas se avanza una isla que está hueca por debajo, y pendiente con todos sus árboles sobre la confusion de las ondas. La masa del rio que se precipita ácia el mediodia, se redonda en un vasto cilindro desarrollándose despues en sábana de nieve, y brillando al sol con

todos los colores. La que cae al levante, baja cubierta de una sombra tan espantosa, que parece una columna de agua del diluvio: se encorvan y se cruzan sobre el abismo muchos arcos íris. La onda hiriendo la peña desgajada, salta en remolinos de espuma, que se levanta sobre los bosques como la llamarada de un grande incendio. Decoran esta escena muchos pinos, nogales silvestres, y peñas cortadas. Las águilas, arrastradas de la corriente del aire, bajan dando vueltas hasta el fondo de la cueva, y los carcajúes se cuelgan con sus colas de la punta de una rama baja para coger en el abismo los destrozados cadáveres de los dantas, y de los osos.

Miéntras contemplaba yo este espectáculo, con un placer mezclado de terror, me dejáron los dos esposos. Los busqué subiendo á lo largo del rio en-

cima de la cascada, y los encontré muy pronto en un sitio proporcionado á su dolor. Estaban echados sobre la yerba con unos viejos, cerca de algunos huesos humanos, cubiertos con pieles de bestias. Espantado de todo lo que por espacio de algunas horas estaba viendo, me senté junto á la jóven madre, y la dije: «¿Qué significa todo esto, her-
»mana mia? Hermano mio, me res-
»pondió ella, esta es la tierra de la
»patria, y éstas las cenizas de nues-
»tro abuelos, que nos acompañan en
»nuestro destierro. = Pues ¿cómo, la
»repliqué, estais reducidos á tanta
»desdicha? Somos, me contestó la hi-
»ja de Celuta, los resíduos de los Nat-
»ches. Despues de la grande mortan-
»dad que hiciéron los franceses en
»nuestra nacion por vengar á sus pai-
»sanos, los hermanos nuestros que es-
»capáron de las manos de los vencedo-

„res, halláron acogida entre los chi-
„kasas nuestros vecinos, donde estu-
„vimos tambien nosotros tranquilos
„por algun tiempo; pero ya hace siete
„lunas que se han apoderado de nues-
„tras tierras los blancos de la Virginia,
„diciendo se las ha dado un rey de
„Europa. Levantamos entónces los
„ojos al cielo, y cargando con las re-
„liquias de nuestros abuelos nos pusi-
„mos en camino atravesando el desier-
„to. Parí en el viaje, y como era ma-
„la mi leche á causa del dolor, quitó
„la vida á mi hijo." Al pronunciar es-
tas palabras la jóven madre, enjugó
sus ojos con sus cabellos, y yo la acom-
pañé en el llanto.

«Adoremos, la dije al instante, al
„grande espíritu, pues todo sucede
„por su órden. Todos somos viageros,
„y nuestros padres lo han sido tambien
„como nosotros: mas hay un pais don-

»de descansarémos. Si no temiera te-
»ner la lengua tan ligera como la de
»un blanco, os preguntaria ¿si habiais
»oido hablar de Chactas el natche?=
»A esta palabra me miró la india, y
»me dijo: ¿Quién os ha dado noticia
»de Chactas el natche? La sabiduría,
»respondí. Yo os diré, replicó la in-
»dia, todo lo que sé, porque habeis
»espantado las moscas del cuerpo de
»mi hijo, y porque acabais de pronun-
»ciar unas hermosas palabras acerca
»del grande espíritu. Yo soy la hija de
»la hija de René el européo, á quien
»Chactas habia adoptado por hijo.
»Chactas, que habia recibido el bau-
»tismo, y mi desgraciado abuelo Re-
»né, murieron ámbos en aquella car-
»nicería.= El hombre va siempre pa-
»sando de un dolor á otro, la respon-
»dí inclinándome. ¿Y no podreis dar-
»me tambien alguna noticia del Padre

»Aubry? = No ha sido mas afor-
»tunado que Chactas, contestó la
»india. Los cheroqueses, enemigos
»de los franceses, penetráron has-
»ta su mision, guiados por el so-
»nido de la campanilla que se to-
»caba para socorrer á los viageros.
»El Padre Aubry se pudo salvar;
»pero no quiso abandonar á sus hi-
»jos, y permaneció con ellos para
»con su egemplo esforzarlos á mo-
»rir. Lo quemáron con grandes tor-
»mentos; pero jamas pudiéron sa-
»car de él una palabra que se diri-
»giese á deshonrar á su Dios, ó á
»su patria. No cesó durante el su-
»plicio de pedir al Señor por sus
»verdugos, y compadecerse de la
»suerte de las víctimas que miraba
»al rededor de sí. Deseando los che-
»roqueses arrancar una señal de fla-
»queza á este guerrero de los ejér-

»citos celestiales, trajeron delante
»de él un salvage cristiano, á quien
»horriblemente habian mutilado; pe-
»ro quedáron sorprendidos al ver po-
»nerse de rodillas á este jóven, y
»besar las llagas del viejo ermita-
»ño, que le decia con un semblan-
»te sereno: *Hijo mio, á nosotros*
»*nos han hecho el espectáculo del*
»*mundo, de los ángeles y de los*
»*hombres.* Furiosos los indios le me-
»tiéron en la garganta un hierro en-
»cendido para impedirle que habla-
»se: entónces no pudiendo ya conso-
»lar á sus semejantes, espiró.

«Se dice que los cheroqueses, sin
»embargo de estar acostumbrados á
»ver sufrir á los salvages, no de-
»járon de confesar reconocian en el
»humilde valor del Padre Aubry una
»cosa que no penetraban, y esce-
»dia á todos los valores de la tierra.

»Muchos de ellos admirados de su »muerte se hiciéron cristianos.

«Cuando volvió Chactas algunos »años despues de la tierra de los »blancos, y supo las desgracias del »gefe de la oracion, fué á recoger »sus cenizas y las de Atala. Atravesó »el desierto, y llegó al parage don»de estaba situada la mision; pero »apénas pudo reconocerlo. Habia re»bosado el lago haciendo de toda la »sábana una laguna intransitable. El »puente natural se habia caido, y »sepultó bajo sus ruinas el sepulcro »de Atala, y los bosquecillos de la »muerte. Anduvo Chactas por algun »tiempo recorriendo aquellos sitios: »visitó la gruta del solitario que la »halló llena de zarzas y frambue»sos, y la ocupaba una cierva que »daba de mamar á su hijo. Se sen»tó en la peña de la centinela de la

„muerte, donde no halló sino algunas „plumas de aves pasageras. Miéntras „lloraba allí, salió silenciosamente de „entre unos matorrales vecinos, la „culebra doméstica del misionero, y „se le enroscó en los pies: acarició „y calentó en su seno á esta anti„gua amiga, que habia quedado so„la en medio de aquellas ruinas. „Contó tambien el hijo de Outalissi, „que muchas veces á la entrada de „la noche habia percibido en aque„llas soledades la sombra de Atala, „y la del Padre Aubry, cuyas vi„siones le habian llenado de un re„ligioso temor, y de una triste ale„gría.

“Despues de haber buscado inútil„mente el sepulcro del ermitaño y el „de Atala, iba ya á abandonar aque„llos lugares, cuando vió brincar „delante de sí la cierva de la que-

„vâ, la cual se paró al pie de la „grande cruz de la mision, que es„taba casi cercada de agua: su ma„dera estaba roida del musgo, y se „colgaban de sus brazos las aves del „desierto. Sospechó Chactas que la „agradecida cierva lo habia guiado „al sepulcro de su huésped. Cavó „debajo de la peña que habia ser„vido de altar en tiempo de los sacri„ficios, y halló allí los despojos de „un hombre y de una muger. No „dudó que fuesen los del sacerdote „y los de la vírgen, que los ánge„les habrian sepultado en aquel si„tio: los envolvió en unas pieles de „oso, volvió á tomar el camino del „desierto, y llevó consigo aquellas „preciosas reliquias, que sonaban en „sus espaldas como la aljaba de la „muerte. Las ponia por la noche „á su cabecera, y tenia sueños de

»amor y de virtud. ¡Oh estrangero!
»¡Contempla aquí este polvo y el del
»mismo Chactas!"

Al acabar la india estas palabras, me levanté, acerquéme á las sagradas cenizas, me postré delante de ellas con silencio, y alejándome despues á pasos largos, esclamé diciendo: ¡Así pasa sobre la tierra todo lo que fué bueno, virtuoso y sensible! ¡O hombre! ¡Solo eres un sueño rápido y doloroso! ¡No existes mas que para ser desgraciado! ¡Nada eres sino por la tristeza de tu alma y eterna melancolía de tu pensamiento!

Ocupéme toda la noche en estas reflecsiones al borde de la catarata. A la mañana siguiente me dejáron mis huéspedes para continuar su viage á la soledad. Abrian la marcha los jóvenes guerreros, y la cerraban sus esposas: llevaban los primeros las estimadas re-

liquias, y las segundas sus recien nacidos: en medio iban los viejos á paso lento, colocados entre sus abuelos y su posteridad; esto es, entre los que ya habian muerto, y los que aún no habian nacido; entre los recuerdos y la esperanza; la patria perdida, y la que iban buscando. ¡Ah! ¡Cuántas lágrimas turban la soledad cuando se abandona de esta suerte la tierra nativa, y cuando desde lo alto de la colina del desierto se percibe por última vez la casa donde se crió, y el rio de la cabaña que continúa tristemente corriendo por medio de los solitarios campos de la patria!

¡Desgraciados indios, á quienes ví vaguear por los desiertos del nuevo mundo con las cenizas de vuestros abuelos! ¡Vosotros, en quienes hallé la hospitalidad, sin embargo de vuestra miseria, ni aun eso poco os puedo

prestar hoy, porque ando tambien errante como vosotros por capricho de los hombres; y aun soy mas desgraciado en mi destierro, porque no traje conmigo los huesos de mis padres!

*En la misma librería se hallarán los libros siguentes.*

---

*Aventuras de Gil Blas* de Santillana robadas á España, y restituidas á su patria y á sn lengua nativa por un español celoso que no sufre se burlen de su nacion: edicion en papel florete y letra de lectura espaciada adornada con 16 láminas finas. Cinco tomos en 8º

*La misma obra*, impresa en un hermoso caracter de letra, papel vitela, y adornada con 16 láminas finas, nueva edicion. Dos tomos en 8º

*Aventuras de Telémaco* hijos de Ulises, obra escrita en francés por el Illmo. Fenelon, y traducida al castellauo por D. Fernando Nicolas de Rebolleda. Dos tomos en 8º

*Clara Harlowe*, novela traducida del ingles al frances por Mr. Le Tourneur, siguiendo en todo la edicion original

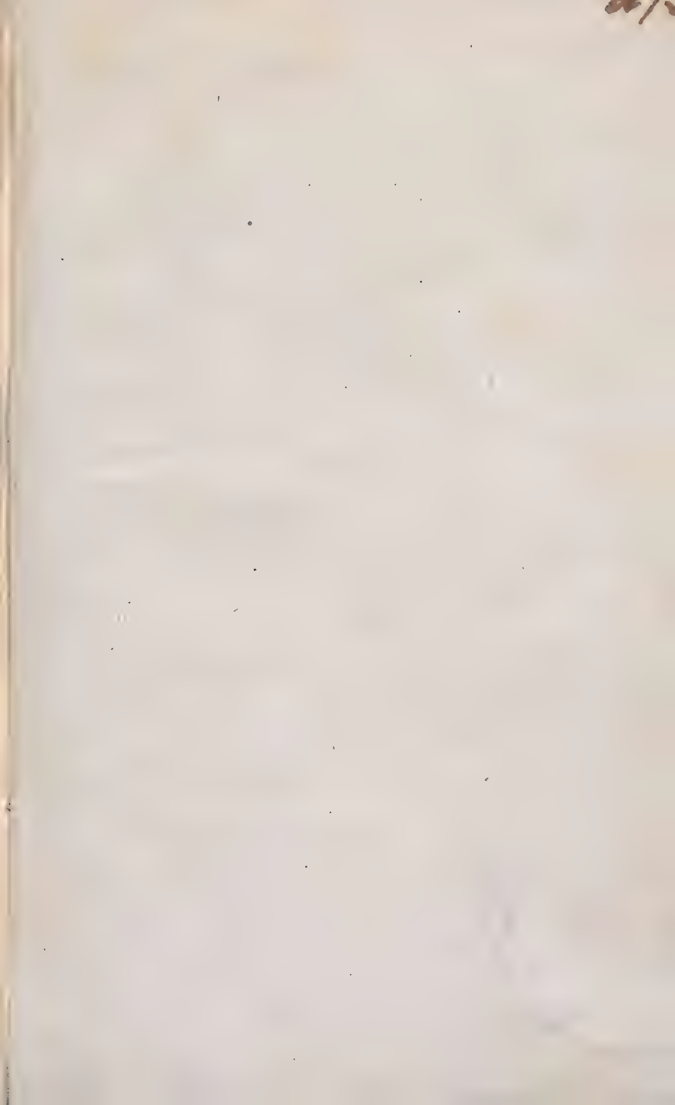
revista por su autor Richardson, y del frances al castellano por D. José Marcos Gutierrez: segunda edicion corregida y enmendada. Nueve tomos en 8º

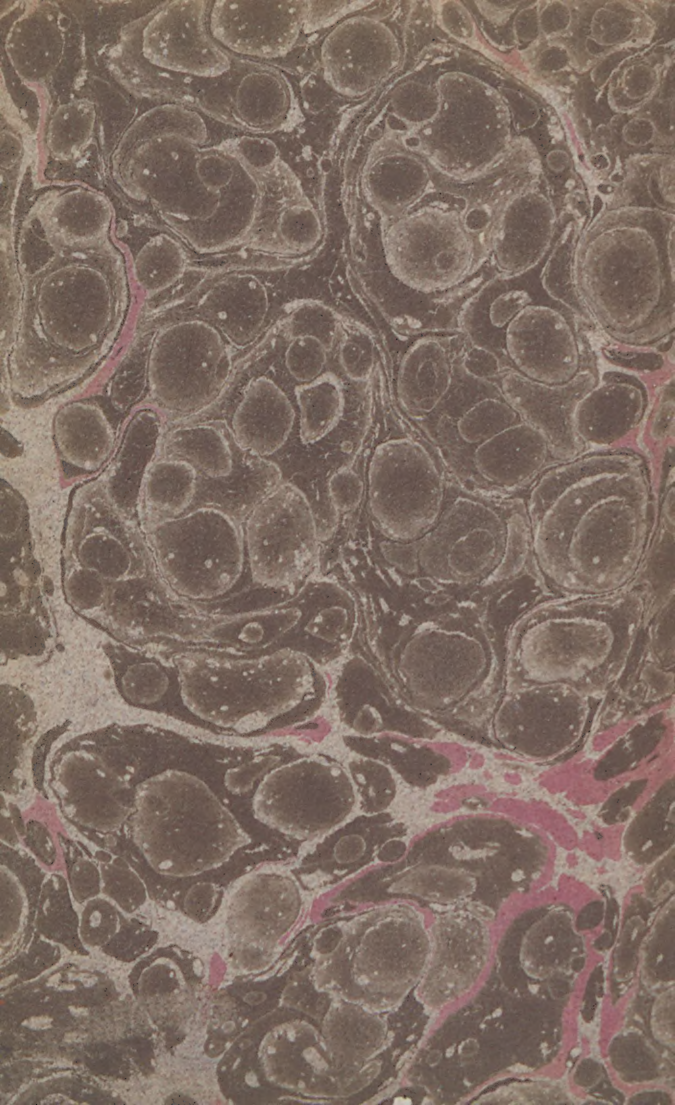
*Compendio de la história de España*, escrito en frances por el R. P. Duchesne, traducido al castellano por el R. P. José Francisco de Isla, con algunas notas críticas, que pueden servir de suplemento por el mismo traductor: nueva edicion adornada con el mapa de España. Dos tomos en 8º

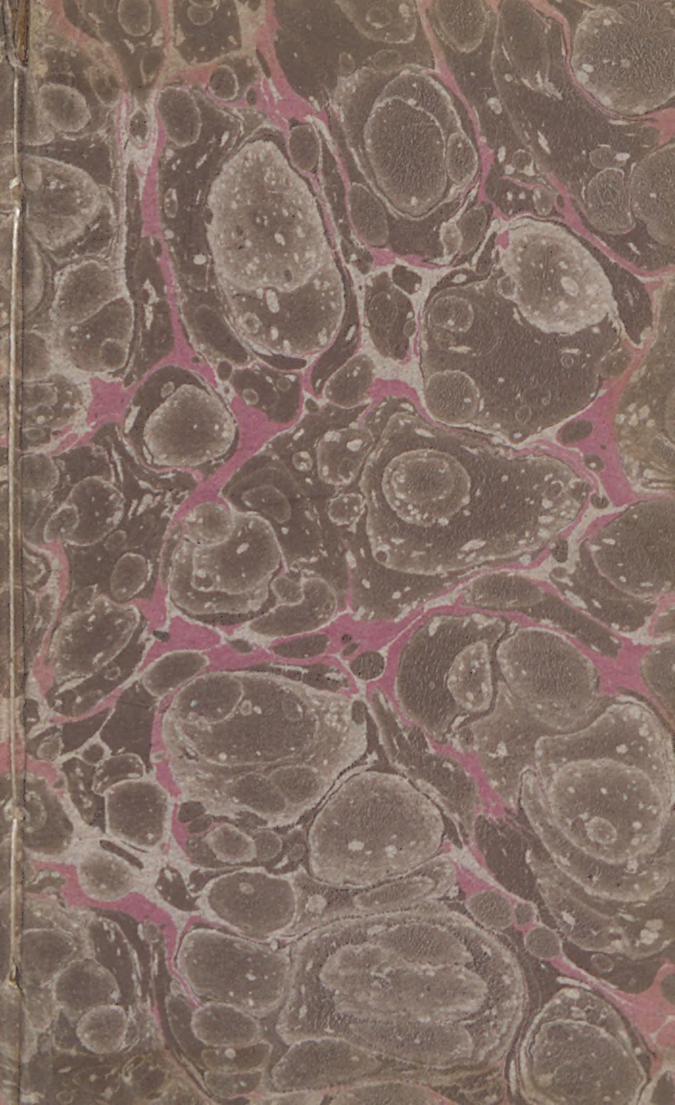
*Delia* ó el poder de la educacion, novela rusa puesta en castellano por D. Lucas Jalon y Gigoena, adornada con una lámina fina. Un tomo en 8º

*Economía de la vida humana*, nueva impresion corregida y aumentada con la oda sobre dicha vida por D. José Mendez de Yermo. Un tomo en 8º

*La Carolina de Lichfield*, puesta en castellano por D. J. D. O. en buen papel y letra. Tres tomos en 12º










colorchecker CLASSIC
calibrite
mm